

BIBLIOTECA NACIONAL



0370300



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volumenes de esta obra .. 1-14 p.
Sala en que se encuentra .. 9
Tabla en que se halla 327
Orden que en ella tiene .. 17

Imp. Universitaria

Vub

L. 9-1 red.

Jub

INDICE

- 1.-Recuerdo del Precioso Mes consagrado a María en el año 1876.
- 2.-Aróstegui, Antonio María.-Corona fúnebre que dedica a la memoria del Ilmo. señor Obispo de Himeria doctor don José Miguel Arístegui. *RAU9927*
- 3.-Donoso, Salvador.-Oración fúnebre del Ilmo. señor Obispo de Himeria doctor don José Miguel Arístegui.
- 4.-Luco, Eliodoro.-Biografía del señor Prebendado don Manuel Parreño.
- 5.-Donoso, Salvador.-Jesús Sacerdote y víctima. Sermón.
- 6.-Jara, Ramón Angel.-El Sacerdote. Sermón.
- 7.-Bello, Francisco.-La vocación sacerdotal. Sermón.
- 8.-Flores, Onofre.-La misión del sacerdote.
- 9.-Estatutos Municipales para el Colegio de Misioneros Franciscanos de San Ildefonso de Chillán.
- 10.-Estatutos Municipales para el Colegio de Misioneros Franciscanos de Nuestra Señora de la Cabeza de Santiago de Chile.
- 11.-Comisión de fábrica de la Iglesia monumental de Maipo. Carta-circular.
- 12.-Sanm-Era.-La Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.
- 13.-Conferencias entre los espiritistas y los jesuitas en el Colegio de San Ignacio.
- 14.-Estatutos de la Corporación Iglesia Unión.

Adm. 575692 -

9(327-17)





CONFERENCIAS

ENTRE LOS ESPIRITISTAS I LOS JESUITAS EN EL COLEJO DE

SAN IGNACIO. (Junio 19 de 1876.)



Señor: Mi alma se sintió conmovida cuando nos hablásteis de la grandeza de Dios; de ese ser que aunque incomprensible en su esencia, sus atributos lo presentan adorable a nuestro corazón.

En vuestra improvisacion emitísteis, señor, algunos conceptos que creo inexactos, talvez porque los he comprendido mal, o porque mi falta de instrucción en la materia, me los presenta como falsos. De cualquier modo que sea, quiero, si me lo permitís, someter estas dudas a vuestra consideracion.

Dijisteis, señor, que la infinita bondad de Dios, hace necesaria la creacion para tener a quien comunicar su felicidad; pero que para la armonía del conjunto, era necesario crear seres perfectos e imperfectos.

La teología católica está conforme con la primera parte de esta proposicion, pero creo que no sucede lo mismo en cuanto a la segunda; puesto que, segun las escrituras, Dios creó a los ángeles i al hombre en estado de perfeccion. La teología se apoya en la infinita bondad i sabiduría de Dios para sentar que nada malo e imperfecto ha podido ni puede salir de las manos del que es infinito en todos sus atributos, i que el oríjen del mal, i

por consiguiente de las obras imperfectas, se debe a seres personales i libres que han hecho mal uso de su libertad. De modo que, lo que habeis llamado armonía, es, según la opinión teológica, la desarmonía, introducida en el mundo por la falta de nuestros primeros padres.

Consultando con mi razon esta materia, os voi a manifestar lo que ella me dice.

La perfección absoluta solo puede encontrarse en Dios; pero creo tambien, que las cosas creadas por El, excepto la materia inorgánica, están sujetas al perfeccionamiento; esto, a mas de la razon, nos lo enseña el estudio de la ciencia i de la historia; i nuestra propia experiencia nos lo está tambien manifestando todos los dias.

Teniendo en vista los atributos de Dios, creo: que los espíritus han sido, son, i serán creados con la perfección necesaria para que por sí solos progresen, en virtud de sus propios esfuerzos. Creo: que Dios ha formado, forma i seguirá formando eternamente, seres personales, racionales i libres, porque estas tres cosas son indispensables para su perfección; i porque un ser racional sin libertad de conciencia i sin su personalidad bien definida, no se concibe, no sería perfecto. Por el contrario, si dotamos a un ser de libertad para obrar, debemos concederle razon para discernir. La creacion concebida de esta manera es perfecta indudablemente.

Pero la razon i la libertad suponen recompensas i castigos, i ademas un estado de progreso indefinido. Porque ¿qué haría el espíritu dotado de sus facultades activas si no tuviera un fin adonde dirijirlas? Por consiguiente, el progreso, es decir, el acercamiento indefinido hacia Dios, es una consecuencia de los atributos del espíritu.

Si el progreso existe, como no puede negarse, es necesario que exista tambien una escala ascendente de perfecciones i dichas que el espíritu ha de recorrer en todas las faces de su existencia.

Hé aquí armonizadas las infinitas perfecciones de Dios, con la vida de pruebas a que está sometido el espíritu i que el señor Leon ha querido esplicar diciendo: que Dios ha debido crear seres perfectos e imperfectos para la armonía del Universo.

Por otra parte, Dios no ha podido crear al espíritu en el término de su desarrollo, porque entonces en su obra no resplandecerian todos sus atributos, principalmente la justicia i la mi-

sericordia. Si el espíritu hubiera sido creado en el término de su perfección, por el solo acto de la voluntad del Padre; Este, si no teniendo nada que perdonar, ni que recompensar, puesto que sus criaturas serían impecables, no podría hacer brillar su justicia i misericordia; quedarian estas eclipsadas desde que no tenian como manifestarse.

Todo lo contrario sucederá si suponemos al espíritu en estado de perfeccionarse. Los atributos de Dios, antes desconocidos, lucirán en toda la creacion. La soberana justicia brillará, según las palabras de Jesús, en dar a cada uno segun sus obras; la infinita misericordia se ostentará en el perdonar infinito a sus criaturas, siempre que éstas se arrepientan de haber quebrantado su lei; la bondad, en la formacion de seres que llegarán a obtener por sí mismos la eterna felicidad; i por último su poder sin límites, en el acto mismo de la creacion.

Pasaré a observar ahora otra proposicion, que mi razon me dice que es absurda; i es la siguiente:

Nos dijo el señor Leon que él sostenia una sola existencia corporal en el alma, i que ésta es creada al tiempo de formarse el cuerpo material que debe ocupar, porque ¿en qué se habría ocupado el espíritu ántes, siendo por su naturaleza esencialmente activo?

Hé aquí la cuestión mas grave que puede presentarse en estas conferencias, puesto que ella se relaciona íntimamente con los destinos presentes i futuros de la humanidad.

Nada nos dijo el señor Leon en apoyo de su tesis, i un solo argumento le oimos en contra de lo que quería rebatir, si es que argumento puede llamarse la duda con que termina la proposición.

Yo voi a tratar de explicar al señor Leon su duda, esponiendo a la ligera algunas observaciones en pro de la preexistencia de las almas, reservándome desarrollarlas en el curso de la discusion.

Ignora el señor Leon la ocupacion que tendrán los espíritus en el tiempo que media entre su creacion i su encarnacion; i aun que la ignorancia del señor Leon nada prueba en contra de la preexistencia del alma, es fácil comprender que ésta, ántes de su encarnacion, como durante ella, i en todas las faces de su

existencia inmortal, se ocupa en su propio perfeccionamiento para acercarse mas i mas a su Hacedor.

Yo creo que la reencarnación de las almas es necesaria porque sin ella es imposible explicar la justicia i bondad de Dios.

En efecto, ¿cómo se explicaría la justicia de Dios creando almas para echarlas al mundo en condiciones de desigualdad tan monstruosas como se observan en ellas? ¿Acaso Dios no es nuestro padre común para que pueda singularizarse con alguna? ¿Dónde hallaríamos su justicia, sometiendo a pruebas tan diferentes, a castigos tan infundados a espíritus recién salidos de sus manos? ¿Por ventura no nos ha enseñado el crimen que cometemos haciendo sufrir a un inocente? ¿Dónde está la sabiduría de Dios, que troncha de improviso la existencia de estos mismos seres antes que hayan recorrido toda su escala de progreso? Si la creación de toda alma ha de tener un fin ¿dónde se encuentra este en la muerte prematura de un recién nacido?

Estos absurdos i muchos otros que por ahora omito, resultan de suponer en el alma una sola existencia. Aceptada la reencarnación todo se explica sencillamente, i la bondad i justicia de Dios aparecen en todo su esplendor.

¿Qué cosa más natural i justa que las diferentes existencias corporales del espíritu para que en ellas vaya perfeccionándose? No tenemos mas que estender la vista sobre las inmensas creaciones de Dios, para ver que ninguna de ellas se produce repentinamente, sino que, por el contrario, observamos en todas una escala de progreso indefinido. Los sabios han dicho que la naturaleza no procede *per saltum*. I siendo esto así ¿porqué habrían de ser creados instantáneamente los espíritus en la plenitud de todas sus facultades, i lo que es mas, con las desigualdades tan monstruosas como injustas que en ellos se notan?

III.

Se leyó en la conferencia, un artículo de la *Revista espiritista* de Santiago, en el que se dice: toda la lei i los profetas se resumen en estos dos solos preceptos: amor a Dios i al prójimo, i como amando al prójimo se ama a Dios, resulta que toda la religión de Cristo, se reduce al amor del prójimo. El señor Leon ha creido ver en esto destruido el primero de los dos mandamientos; yo creo que de la letra i espíritu del artículo se deduce que el amor al prójimo es una consecuencia del amor a Dios.

I sino ¿cómo se podria amar i hacer bien al enemigo sin el amor a Dios? Por eso dice S. Juan: si alguno dijera yo amo a Dios, i aborreciere a su hermano, mentiroso es, porque quien no ama a su hermano a quien ve ¿cómo podrá amar a quien no ve? Así es que el amor al prójimo es la prueba práctica del amor a Dios.

Pero lo que convencerá mas al señor Leon de la falsa interpretacion que ha dado al artículo de la *Revista* es el siguiente testo del evanjelio: (Mateo cap. 7 v. 12.) Haced con los demás hombres, dijo Jesus a sus discípulos, todo lo que deseais que hagan ellos con vosotros, porque ésta es la lei i los profetas.

Pero el mismo señor Leon se ha encargado de probar la doctrina de la preexistencia del alma en la tesis que sentó, de ser mejor existir que no existir, principio evidente que se encuentra en perfecta armonía con la razon i con los atributos de Dios.

Segun la doctrina católica, para la existencia del alma se necesita la encarnacion, es decir, nacer en este mundo, unido a una envoltura material.

Jesus ha dicho que mas le valiera al hombre no haber nacido, ántes que escandalizar; luego segun la doctrina católica, Jesus ha afirmado que vale mas no existir que existir, consecuencia contraria al primer principio. Luego, o Jesus dijo un absurdo, o la enseñanza católica anda errada. ¿Podria explicar razonablemente la teología católica tan flagrante contradiccion? Evidentemente no. Sin embargo, para mí, entre el pensamiento de Jesus i el primer principio, no existe antagonismo alguno.

Admitida la doctrina de la preexistencia del alma, el nacimiento no es mas que una de las infinitas faces en que nuestra alma se encuentra colocada, en el curso de su prolongada existencia. La existencia no es pues una idea correlativa de nacimiento. Luego cuando Jesus dice que mas le valiera al hombre no haber nacido, solo explica que por la fealdad del pecado, se pierden los méritos que se pueden conquistar por medio de la encarnacion o nacimiento del espíritu con el cuerpo. Mas le valiera no haber nacido en esa encarnacion al hombre que dió el escándalo.

La reencarnacion o preexistencia del alma, viene pues a estatuir la armonía entre la doctrina de Jesus i el principio evidente por sí mismo, al saber, que mas vale existir que no existir.

Hé aquí, señor, las observaciones que en la sesión del martes último os indiqué tenia que haceros. Las he manifestado como

veis, con toda franqueza, dándoos con ello lugar a que conozcais un humilde competidor vuestro que no es el único en este recinto.

Os seguiré, pues, señor, en vuestras trabajos; acojeré con placer i gratitud los principios que crea verdaderos, siempre que cuente con vuestro permiso para observar aquellos que mi razon rechace.

Como el único móvil que me guia, al asistir a vuestras conferencias, es hacer la luz en estas materias, tan oscurecidas ya por los hombres con el tránscurso de los siglos, os pido asegurar que encontrareis en mí un adversario tan leal como creo que lo sois vos.

(Junio 27 de 1876.)

Señor:

Permitidme que como cuestión de orden en este importante debate i antes de entrar al punto de la cuestión, os manifieste la impresión que experimenté con vuestra brillante improvisación i los puntos en que creo habeis sentado principios falsos que, estando en flagrante contradicción con los atributos de Dios, con la razon i con las escrituras, espero os apresurareis a rectificar, para no dejar en el error o la duda al escogido auditorio que estuvo presente i que es probablemente el que ahora nos escucha.

A él i a vos os pido mil escusas para que perdoneis mi atrevimiento obligándoos a escuchar este desaliñado trabajo que tan solo me ha impulsado a acometer el amor a la verdad cuyo mérito aprendí a conocer en el estudio de las ciencias exactas.

La lucha que hemos emprendido contra un adversario tan fuerte i aguerrido como el señor Leon, es mui desesperada, lo confieso, i solo puede ser sostenida por nuestra fe i por vuestra induljencia que desde luego os ruego me concedais.

A fin de hacerme lo ménos molesto posible i dejar tiempo para escuchar la elocuente palabra de nuestro orador, he procurado condensar mi pensamiento cuanto he podido. El está mal, pésimamente desarrollado, pero escuchadlo, os ruego, porque es la

expresion descarnada de la verdad que no necesita de flores para lucir.

II.

En la sesion del diez i nueve os observamos, señor, tres de los puntos sobre que tratásteis en la conferencia del mártes anterior, siendo el primero—«que Dios había creado seres perfectos e imperfectos para la armonía del conjunto.»

Nosotros, tomando vuestras palabras a la letra, como que ya nos habíais encargado que debíamos medir bien su valor, nos permitimos observar que vuestra proposicion era falsa, i tuvimos la satisfaccion de oiros rectificar vuestro aserto expresando que lo que habíais querido significar con la palabra *imperfección* era únicamente una perfeccion menor, o una no perfeccion.

Para deciros esto empleásteis una elocuencia arrebatadora que fuisteis a buscar en los mas preciosos ramos de las ciencias naturales, i colocásteis vuestra rectificacion (que nosotros habríamos querido verla rodeada con una esplendente aureola de luz i de verdad) en el centro de un hermoso i dilatado campo de flores. Porque nosotros, señor, amamos la luz de la verdad hasta cegarnos con ella, si es posible, pero dejándonos el íntimo convencimiento de que al fin la poseemos plena i absoluta.

En los diferentes ejemplos que, con ese motivo, tuvisteis a bien presentarnos, hemos visto no solo la limitacion de los seres, sino tambien otros tantos tipos brillantes i acabados de la lei del progreso.

Así, señor, tendiendo vuestras miradas por el reino vejetal nos presentásteis al musgo como el principio de la organizacion de este reino i preguntásteis: ¿Qué seria de la armonía del mundo vegetal si todo él fuese solamente musgos i no existiera el corpulento roble que hasta para caer tronchado por el rayo lo hace con gracia i majestad no aprendidas? Tal fué el fondo de vuestra argumentacion en esta parte.

Pues bien, señor, la ciencia os puede responder que hubo un tiempo en que sobre nuestro globo esos musgos i helechos fueron el término del desarrollo vegetal. Para que esas organizaciones rudimentarias existieran sobre la tierra, ha sido necesario un lento, prolongado e incessante trabajo en la naturaleza: ántes del musgo debieron existir en el seno de las aguas los jérmenes de mil i mil creaciones vegetales microscópicas; i ántes que el

agua se condensara para admitir la vida, ¡cuánto trabajo no ha sido preciso en el Universo! ¿No es cierto, señor, que la imaginacion se pasma al intentar definir el punto en donde comienza el progreso?

Al presentarnos como un ejemplo la poderosa organizacion del roble, mi pensamiento lo seguia en sus múltiples desarrollos i me decia: esta gran creacion que ha desafiado al tiempo i a las convulsiones de la naturaleza, regada por las aguas del diluvio, no ha salido formada de esta manera de las manos del Creador; ántes ha sido semilla; despues débil arbusto; hasta que por fin aumentando su poder, poco a poco, ha estendido sus ramas al espacio amenazando escalar el cielo con sus poderosos brazos.

Ya veis, señor, cómo los ejemplos que vos mismo habeis elegido han sido otras tantas pruebas de que nada sale de las manos del criador en el completo término de su desarrollo; i que este mundo no se ha presentado así como lo vemos, desde el principio de su existencia. ¿Sería preciso admitir entonces que la obra de Dios no habia sido perfecta en los primeros momentos de su existencia? No, porque esa perfeccion ha tenido lugar desde que en el universo existian las leyes i el poder para desarrollarse i llegar a su término.

III.

Al tratar del hombre nos hablásteis del progreso indefinido, a cuya lei divina está sujeto el humano linaje; i valiéndoos para ello de una feliz comparacion, asimilásteis los progresos de la humanidad a la rama de una hipérbola, cuya asintota era Dios, a quien jamas podrá alcanzar el hombre por inconmesurable que sea su perfeccion. Preciosa figura es esta, señor, para manifestar la diferencia entre Dios i el hombre i que representa hasta la evidencia la tesis que vos combatís i que nosotros sostenemos, a saber, la preexistencia del alma o sus diferentes encarnaciones en el mundo organizado.

En efecto, si nos imaginamos a Dios situado en la extremidad de la asintota, i en el vértice de la figura al espíritu humano en el momento de su creacion, este punto, el mas distante de la asintota, nos manifiesta que nuestra primera ignorancia es la situacion mas lejana de este ser infinito. El espíritu, por medio del progreso que adquiere en sus diversas existencias, corre la curva con mayor o menor velocidad, segun su trabajo;

acercándose mas o ménos a la asintota donde hemos supuesto a Dios.

Pero el símil se nos presenta todavía mas vivo, si nos fijamos en que la asintota es una recta, la cual puede representar el camino trazado por Dios al espíritu, mientras la línea que este recorre es una curva que va poco a poco rectificándose a medida que se aleja del vértice en donde tiene su mayor curvatura. Pero, hé aquí tambien que la marcha actual de la humanidad es ahora mas recta, mas moral, ménos bárbara que lo que fué en los pasados tiempos.

Quede, pues, sentado en esta discusion que el progreso indefinido del espíritu es un hecho aceptado por ámbas partes.

Pasásteis a esplicarnos despues,—i siempre revistiendo vuestra argumentacion con todas las galas del lenguaje,—las razones en que a vuestro juicio se fundan las desigualdades que se notan entre los individuos que componen el linaje humano, i que nosotros atribuimos a los diferentes grados de progreso a que ha alcanzado el espíritu en sus diversas existencias; i nos dijisteis que esto consistia únicamente en que—«Dios comunica distintos grados de perfeccion a sus criaturas.» Nosotros negamos esta proposicion, por mas que la hayais adornado con los mas vistosos colores, i aunque la hubieseis engastado en un millar de los mas ricos brillantes, siempre la habriamos negado. ¡Ni cómo seria posible aceptar lo que la razón rechaza, lo que vulnera la bondad i justicia del Eterno i lo que se opone por completo a la enseñanza del Cristo, i de los demás libros revelados!

Si la perfeccion i virtudes de los hombres fuesen creaciones exclusivas de Dios, ¿en dónde estaria el mérito que el ser infinitamente justo habia de premiar o recompensar?

Que un padre de familia tiene igual solicitud por cada uno de sus hijos i desea hacerlos a todos igualmente felices, es evidente, porque hai una lei impuesta por Dios a la naturaleza, que todos conocemos, i que nos impulsa a obrar en este sentido. I si esto hace una criatura imperfecta con sus hijos, ¿cómo se pretende hacer creer que Dios, este Padre amoroso que nos ama mil o un millon de veces más de lo que nosotros podemos amar a nuestros hijos, hace a unos dichosos i a otros desgra-

ciados; a unos ricos i a otros pobres; a unos sabios i a otros idiotas; a unos santos desde la cuna i a otros malvados desde la misma etc. etc. i todo esto solo para formar la armonía del conjunto? ¿Con el mismo objeto habrá hecho Dios ciegos, sordomudos, tullidos, leprosos etc. etc? No, i mil veces no. Tal creencia es una injuria gratuita a nuestro bondadoso Padre que no podemos ni debemos aceptar.

Si a un padre de numerosos hijos se le ocurriera formar de ellos un conjunto armónico, podria dedicar al uno para abogado, para médico a otro; ingeniero a aquel i a este comerciante etc; tambien para músicos i pintores i aun para saltimbanquis podria destinar a algunos, si tan grande fuese en este hombre el amor a la armonía: esto se puede comprender. Pero lo que no se concibe porque envuelve un absurdo grosero, es que existiese un padre que para obtener variedades entre sus hijos, dedicase unos a las ciencias i artes, a la par que a otros les enseñase a ser ladrones o forajidos, i mutilase a algunos sacándoles los ojos o la lengua. La mente no concibe, ni por vía de hipótesis, que pudiera existir un hombre que emplease tales procedimientos con sus hijos; ¿cómo se puede aceptar entonces que Dios los emplee con sus criaturas?

Sabemos que hai algunos o muchos individuos que abdicando su razon para sostituirla por la fe ciega, creen que los tipos acabados de poesía i pintura que nós presentásteis, señor, en la sesión pasada, bajo los nombres inmortales de Milton i Rafael, son perfecciones que Dios hace en obsequio de la armonía, pero lo que nadie podrá creer por mas ciega que sea su fe, es, que las aptitudes de Napoleon, de Alejandro, para la guerra, le fueron dadas por Dios para embellecer la armonía del conjunto, como dijisteis en la sesión pasada.—Si como todos creemos, Dios, desde el Sinai, impuso a la humanidad el precepto de no matar; si mas tarde, Jesus nos enseñó que el espíritu de este mandamiento comprendia no solo la prohibición de matar, sino que se estendia hasta exijir nuestro amor hacia los enemigos, ¿cómo puede Dios entonces dar a una de sus criaturas dotes especiales para quebrantar una de sus principales enseñanzas, para que destruya en grande escala su propia obra, su creación mas perfecta, aquella en que El mas se ha complacido?

Estoi cierto que ninguno de los ilustrados señores que nos escuchan, podrá aceptar que Dios, este ser infinito en justicia i bondad, pueda dar dotes especiales a los bandidos para que ro-

ben i asesinen, i ménos a los conquistadores, a esos bandidos en grande, para que esparzan por do quier el terror i la muerte.

Ménos aceptable será todavía la proposicion sentada por el señor Leon, si nos fijamos en la enseñanza del Cristo. El nos dijo que Dios era nuestro padre amoroso i que bajo este dulce nombre debíamos invocarlo todos los dias; porque para El no habia seres privilejiados ni distincion de personas, segun san Pablo.

Pero lo que habla mas alto en contra de la tesis que combatimos, es el contenido del versiculo 27 del capítulo 1.^o del Jénesis, que espresamente la condena i dice así: «I crió Dios al hombre a su imágen i semejanza.»

Segun este texto, Dios crió al espíritu inocente i puro; ignorante, pero con las dotes necesarias a su progreso en estado latente o embrionario; libre, para que por si mismo, en virtud de su trabajo, de sus propios esfuerzos, adelantase. Hé aquí una creación perfecta para el objeto a que se la ha destinado i que se conforma con todos los atributos de Dios, con la razon i con los libros revelados. Esta es la creencia espiritista, señor. *Le i*
ao ¿Cómo obtiene el espíritu este progreso indefinido?—En sus diversas existencias corporales en el planeta a que el Padre le destine, que será de mejores o peores condiciones, segun su estado de adelanto; i por eso dijo Jesus: «La casa de mi Padre tiene muchas moradas.»

Aceptadas las cosas de esta manera tan natural, no hai necesidad de representarnos a Dios como cómplice de los malos, i la existencia de los conquistadores, por ejemplo, proviene de su ignorancia moral; sus dotes malditas para destruir i matar no le han sido dadas por el Dios de paz i de bondad que conocemos, i del cual esperamos nuestra felicidad eterna, sino que son el resultado del orgullo i soberbia provenientes de su ignorancia moral. No por eso condenemos eternamente a este hombre, señor; pues, si como es lójico suponer, en otra existencia vuelve en condicion de tener que sufrir él lo que hizo padecer a los demás, aquellas malas tendencias, si no se borran del todo, mucho se deseñirán. Esto es de excelente buen sentido i está tambien conforme con la enseñanza de Jesus. No obreis el mal, decia a la multitud este espíritu sublime, «porque con la misma vara que midiéreis se os volverá a medir;» si no en la presente encarnacion, será en otra, se entiende, porque la palabra del Maestro no puede faltar.

Que el espíritu humano se perfecciona, no podemos negarlo, porque la historia nos lo está enseñando. Que este mejoramiento es debido a las diferentes reencarnaciones del espíritu, nos lo dice la razon, i los libros revelados se han encargado tambien de manifestárnoslo. «I llegará tiempo, dice el profeta, que las lanzas se cambiarán por arados i las espadas por azadones; cada uno podrá dormir tranquilo debajo de su vid i de su higuera, porque no se juntarán mas los hombres para hacer guerra.» Esta época de moralidad que el inspirado profeta prevee, se hallaba todavía mui lejana; i sin embargo, él promete a los que entonces vivian, que ellos gozarian de los beneficios de esa paz universal. ¿I cómo puede ser esto? Unicamente por medio de la reencarnacion, en la cual creian los judíos.

Si esta sabia i consoladora doctrina que en los primeros tiempos del cristianismo, Origenes quiso hacer prevalecer, hubiese sido acojida por los jefes de esta religion santa, ¡qué distinto seria el mundo a la fecha! Porque esta doctrina, señor, tiende al desarrollo del progreso humano, a la moralizacion de las masas i al alivio del desgraciado; patentiza la bondad i justicia del Eterno i explica victoriosamente el porqué de las diferentes condiciones en que nacen i viven los hombres.

V.

Vos que sois, señor, un ilustrado i caritativo sacerdote, ¿qué decís a un hombre desgraciado, para consolarlo, cuando viene hacia vos a fin de que alivieis sus penas con vuestras palabras i consejos, porque tanto sufre el infeliz que hai momentos en que desespera de la bondad de Dios i de su justicia? Acaso le direis que sufra con paciencia sus desgracias porque ellas son consecuencias de sus faltas; que debe dar gracias al Dios de las misericordias que le proporciona un medio tan corto para expiarlas, como son los sufrimientos en esta vida demasiado fugaz.

—Pero, señor, contesta el desgraciado: yo he amado siempre a Dios con toda la ternura de mi corazon; jamas he procurado el mal de otro; al contrario, he hecho todo el bien que me ha sido posible; ¿porqué entonces me castiga Dios?

—¡Ah! le direis, ¿i el pecado original que tienes dentro de tí? Sabe que aunque tu conciencia nada te diga, este pecado es tan

grande, tan monstruoso, que por solo él merecemos la condenación eterna.

—Pero, señor, si todos tenemos este pecado, ¿cómo es que no somos todos desgraciados; mientras veo que unos nadan en la opulencia, yo i mil otros como yo, no tenemos un lecho en que dormir ni un mendrugo de pan que comer?

No le direis, señor, supongo, lo que nos habeis dicho a nosotros, que esto es para embellecer la armonía del conjunto, porque este infeliz separado de vos iria a ahorcarse en seguida.

Le direis entonces que Dios al que mas ama le envia mas trabajos.

Es seguro que al hombre no le satisface esta reflexion; pero para no disgustarlos os contestará:

—Señor, pero si Dios es nuestro Padre comun, debe amarnos a todos igualmente. ¿Cómo es posible entonces que haga estas enormes diferencias?

No sé, señor, lo que seguiríais diciendo a este pobre para ensanchar su corazon aflijido; pero si aceptáseis la reencarnacion, podríais decirle:

—¿Cómo te atreves a culpar a Dios de tus desgracias cuando no sabes lo que mereces! ¿Conoces acaso el uso que hiciste de tu libre albedrío en una vida anterior? ¿Sabes acaso si fuiste un avaro usurero, que negaste el pan al desvalido? Pues, cómo se borrará esta mala tendencia que por solo tu libre albedrío hiciste nacer i cultivaste en tu alma, sino suriendo las consecuencias del egoismo de los demas? ¿No es verdad que ahora odias la avaricia i piensas en que si tuvieses fortuna, la partirías con los necesitados? Pues entonces sufre con resignacion i amor tu pasajera desgracia, prueba que tú mismo perdiste para purificarte, i alaba la infinita bondad i misericordia de ese Ser incomprendible que es grande hasta en sus castigos. ¿Dudas acaso, porque no lo recuerdas, que has podido ser un egoista? Pues no me creas a mí, pero oye las palabras del Cristo que te dice: «Con la misma vara que mides se te volverá a medir.»

Sin mas que estas palabras, qué no son por cierto de poesía, sino de verdad eterna, ya teneis a este hombre no solo consolado sino feliz i contento. Con cuatro palabras habeis hecho un héroe capaz de desafiar todos los infortunios de la vida, i lo habeis puesto en la via de su rejeneracion moral.

Admirad entonces, señor, esta sublime doctrina, i fijaos un

momento en la revolucion intelectual i moral que va a producir en el mundo. Como ella enseña que el mal que roe nuestras sociedades procede de la ignorancia moral e intelectual en que yacen la mayor parte de los individuos que las componen, pro-penderemos todos, tanto los gobiernos como los particulares, a difundir la instruccion en las masas. Cuando todos estamos persuadidos que el mayor bien que el hombre puede hacer en su propio beneficio, es repartir entre sus hermanos el pan del alma, que es la doctrina del Cristo, porque él mismo reportará el provecho de su trabajo en otra existencia ulterior, entonces el progreso intelectual i moral del jénero humano se precipitará en una asombrosa progresion por cuociente cuya potencia inmensa no puedo calcular.

¿Este tiempo llegará pronto?—Sí, ya estamos en principio de esa nueva era. En los Estados Unidos i en Europa, se cuentan por millones los que acogen con entusiasmo esta doctrina, i hasta en este pobre i atrasado país ya se cuentan por cientos i aun por miles.

El único argumento que encontró el señor Leon para probar una sola existencia en el alma fué decirnos: «que Dios comunica distintos grados de perfeccion a sus criaturas.» Hemos manifestado hasta la evidencia que esta proposicion es falsa, lo que es una buena prueba de que nosotros estamos en la verdad, i que una sola existencia del alma es inconciliable con las diferentes condiciones del hombre en la tierra.

En la sesion pasada manifestamos al señor Leon que si se consideraba una sola existencia en el alma, resultaba una flagrante contradiccion entre un pasaje del Evangelio i otra proposicion sentada por él, i que aceptamos por ser evidentemente cierta. Este antagonismo no puede desaparecer sino aceptando la reencarnacion, i hé aquí otra prueba de su verdad, a ménos de que el señor Leon nos explique de un modo claro tal contradiccion.

Apénas principiamos, señor, la enumeracion de estas pruebas i ya podeis ir calculando que la reencarnacion no es una poesía, como con tan delicada galantería la llamásteis en la conferencia anterior. Nosotros cumpliendo con el precepto del Cristo (de dar al César lo que es del César), os decimos que no aceptamos el hermoso título de poetas, porque sois vos, señor, quien merece la corona de laurel en esta materia.

aprenderá un sup. año en su oficio, como se oíó, más lo de
otro. El no entiende tales terc. VI. En el díptico anterior o la otra
más en el otro díptico la rí. más que en el que dice: Dicimus.

Preguntásteis, señor, qué sería del mundo si todos fuesen sa-
bios i grandes hombres, i yo os contesto: que el hombre ha-
bría progreasdo mas, inmensamente mas, de lo que ha progre-
sado hasta el presente; la sociedad moderna estaría ya purgada
de muchas malas i perniciosas instituciones; la especie humana:
habría alcanzado ya talvez la unidad hácia donde marcha, des-
truyéndose las nacionalidades.

Nos pedíais pruebas que manifestasen la verdad de la reen-
carnación i por no interrumpiros no os dije que en vuestros
propios ejemplos las teníais. ¿Creis, señor, que el alma de
Rafael, por ejemplo, pudo desarrollar en su corta existencia tan
preciosas facultades? ¿Creis que la potente intelijencia de Pas-
cal pudo haberse desarrollado hasta el punto de crear una teo-
ría completa de secciones cónicas a la edad de doce años? No,
señor; esto nos está manifestando que Pascal ha aparecido en
este mundo despues de haber adquirido en otras existencias un
grado de perfeccion no comun en hombres de estos tiempos.

La verdad de la reencarnación del alma se presenta tan pal-
pable a nuestra intelijencia, como la deducción que haríamos al
ver una mariposa, diciendo que ántes había sido jérmen vital
encerrado en un humilde huevecillo, despues gusano, crisálida
en seguida, i por último brillante mariposa.

En verdad, señor, la naturaleza no procede *per saltum* como
hemos tenido ocasión de manifestarlo. ¿I podrá creerse que la
poderosa intelijencia humana se ha formado repentinamente
o en pocos años? Podrá creerse que el término a que ha alcan-
zado en una existencia es el fin, es decir, el último término de
su desarrollo?

La ciencia, con la lójica irresistible de los hechos, nos ha pro-
bado ya, que el linaje humano estuvo en estado salvaje du-
rante los primeros siglos de su existencia, ¿i sé podrá creer,
consultando nuestra razon despreocupadamente, que los milla-
res de millones de hombres que han existido i aun existen en
tal estado, sin mas intelijencia que groseros instintos, se podrá
creer decimos, que este número inmenso de seres humanos
haya de quedar eternamente en ese miserable estado de igno-
rancia, sin conocer jamas las bellezas de la creacion i ménos al
autor de tantas maravillas?

Si el alma, como sosteneis, no tiene mas que una existencia corporal o terrestre, ¿qué suerte corren estos espíritus en el otro mundo? Creemos que no podrán ir al cielo porque no tienen méritos para ello. A ese lugar no pueden entrar, segun el Evangelio, sino aquellos cuyo corazon esté trabajado en el bien, que esté saturado de caridad i amor hacia Dios i sus semejantes, porque el reino de Dios es el de la caridad i del amor. ¿Caerán acaso en el infierno estas almas infelices? Tampoco, porque estos seres ignorantes no tienen conciencia de sus faltas i el ignorable no tiene pecado, como dice san Pablo. Tampoco, porque segun las palabras de Jesus, ninguna criatura puede condenarse eternamente, pues le falta voluntad a Dios para imponer tan tremendo castigo.—(Mateo, c. 18, v. 12 a 19.—Libro 1.^o de los Reyes, c. 2.^o, v. 6, etc., etc.)

¿Qué se hace entonces de estas criaturas? Volverán a la tierra tantas veces cuantas sean necesarias a su progreso i completa depuración, hasta que hayan conocido i practicado la doctrina del Cristo que es el camino de la vida. Esto es lógico, es natural, i concilia perfectamente todos los atributos de Dios, que se anulan, como hemos visto, considerando al espíritu con una sola encarnación. Por eso en cierta ocasión dijo Jesus a Nicodemos: «no podrá entrar al reino de los cielos sino aquel que renaciere de nuevo.»

Si no hubiera reencarnación ¿qué objeto se habría propuesto Dios creando seres inmortales que viniesen a la tierra por ménos de un segundo,—porque ménos de un segundo es la duración de la vida terrestre en la eternidad,—para no saber qué hacer de ellos despues?

Que algún grande objeto se propuso Dios al hacer que el espíritu habitase la materia, es evidente. ¿Sería acaso para probarlo, llevándolo al cielo si se conducía bien, i si mal al infierno, como enseña la teología católica? Contestamos que no, porque su sabiduría le da a conocer de antemano la conducta que observará el individuo, i la prueba vendría a ser un trámite inútil.

¿Cuál puede ser entonces razonablemente el objeto ostensible de la encarnación? Que el alma progrese en el planeta que se le haya destinado como escuela. Pero como una sola encarnación no puede ser suficiente para alcanzar ni siquiera un mediano desarrollo, se sigue que debe volver a ese u otro planeta hasta que se perfeccione. La carrera larga es, en verdad, pero de nosotros depende el acortarla: estudiemos las obras de Dios sin

tregua ni descanso, que son las que constituyen la verdadera ciencia; ejercitemos la caridad cristiana, que es la verdadera moral, i la haremos breve. Aquí no hai poesía. Esto es de excelente buen sentido.

Considerando al alma con una sola existencia en la materia ¿podrías explicarnos, señor, porqué hai individuos que nacen ciegos, sordo-mudos, tullidos, mendigos o en una posición social humillante, etc? ¡Qué! ¿tambien serán estas creaciones para completar la armonía del conjunto? Buena será la armonía, señor, si quereis, pero ella no puede aceptarse cuando para obtenerla se perjudica a un tercero. Me imagino que vais a rebatirme este argumento con la doctrina del pecado oriijinal; os ruego que no lo hagais, porque pienso probaros a su tiempo, valiéndome de la razon i de los libros revelados, que tal pecado oriijinal no existe. Miéntras tanto leed el cap. 18 de Ezequiel i el 24 v. 16 del Deuteronomio.

Ved entre tanto que sencilla explicacion tienen estos nacimientos desgraciados. Estos hombres, por una misericordia infinita de Dios, han venido a espesar faltas cometidas en existencias anteriores; i como la espiaacion debe guardar armonía con la falta, para que se cumplan estas palabras del Maestro: con la vara que midiéreis se os volverá a medir; de aquí las diferentes condiciones a que vos llamais armonía. En todo esto no se ve propiamente un castigo; es mas bien una enseñanza paternal, es un modo de limpiar al espíritu de sus manchas anteriores.

Podria, señor, citaros mil casos que no pueden resolverse razonablemente considerando al alma en una sola existencia, i que tienen una clara i sencilla explicacion aceptando la reencarnacion; pero temiendo abusar de vuestra bondad i de la de los demás señores que me escuchan, concluiré con uno que he leido en Juan Reynaud:

El libertino que en un acceso lúbrico, dice el autor, ultraja, por medio de la violacion o el adulterio, todas las leyes del cielo i de la tierra ¿obligará por ventura con esa accion infame, al ser que todo lo penetra con su vista, para que se decida a crear o a dar el ser a una nueva alma infortunada que debe acompañar al fruto de su relajacion? ¡Hé aquí las causas que obligarian a Dios a crear una nueva alma! ¡La pasion mas torpe o la mas infame encontrarían en este ser infinito, apénas se le solicitara, un cooperador fiel que se apresuraria a venir a coronar por un com-

plemento infinito lo que tan miserablemente se le había preparado! No, yo no concederé jamas que el milagro de la aparicion de una nueva alma al seno del universo, pueda tener lugar por una insinuacion de esta especie; i si ello fuese verdad, preferiria como los materialistas hacer del alma un producto del hombre que no una creacion de Dios, porque la impiedad me repugna mas que el absurdo.

Rogaria al señor Leon que bajo la hipótesis de una sola existencia en el alma, solucionase este caso.

Para nosotros, él se esplica fácilmente. El espíritu que acudirá al acto reprobado del libertino, no puede ser sino alguno que en su existencia anterior haya dado el ser a otras criaturas por medio de un crimen semejante, o que por cualquier motivo tenga que volver a la tierra en condicion vergonzosa, porque el que es causa de la humillacion o degradacion de otros, tendrá que sufrirla en sí mismo [Tal es la justicia de Dios, segun nos la enseñó Jesus!

Un instante mas i concluyo.

Me pedíais pruebas que patentizaran la verdad de la reencarnacion i creo habéroslas manifestado incontestables. Si ellas no han bastado a persuadiros, os presentaré en otra sesion las que arrojan los libros revelados, que son terminantes i en gran numero.

Terminaré pidiéndoos a mi vez que si aun persistís en sostener que el alma tiene una sola existencia corporal, lo probeis con argumentos que no amengüen los atributos de Dios, i que la razon pueda sin esfuerzo aceptar.

He dicho.

El discurso que sigue debió ser leido en la conferencia del 11 de julio en el colejo de los jesuitas; pero a consecuencia de dificultades producidas por el reverendo padre Leon, no se hizo esa lectura. Por esto el autor ha ordenado su publicacion.

I.

Reverendo padre Leon:

Vamos a contestaros vuestro ultimo discurso, i con el objeto

de encadenar nuestra argumentacion i de hacerla mas breve, tocaremos a la ligera algunos puntos que intercalásteis en él, i que nos han de servir de base en todo el curso de estas conferencias.

En la noche del cuatro del actual i con la vehemencia que os caracteriza, me dirijisteis un amargo reproche del cual protesto con toda la fuerza de que soi capaz, porque no lo merezco. Dijisteis que yo adulteraba vuestras palabras i pensamientos para haceros decir cosas inconvenientes i errores que estábais muy lejos de aceptar, i yo os contesto que habeis sufrido una muy grande equivocacion i que solo una esquisita susceptibilidad os ha podido hacer ver lo que no existe. Felizmente para mí, el discurso a que aludís está impreso i tarjados, me parecieron los principios que os hemos atribuido; ellos fueron oídos por un gran número de caballeros de los cuales habrá muchos presentes, i recordarán que esos principios son los mismos que habeis sentado en vuestro último discurso con pequeñas variantes. Es verdad que de las proposiciones sentadas por vos hemos deducido consecuencias que no podeis aceptar, pero que siendo justas, os las hemos presentado precisamente para persuadiros de que estais en el error. Vos habeis empleado un procedimiento igual con nosotros i no os dirijiremos por ello ningún reproche, porque estais en vuestro derecho como nosotros en el nuestro. Entended, pues, señor, que habeis sido injusto conmigo calificándome de adversario desleal, i de algo mas grave que eso. Debeis saber que si vos os preciais de hombre honrado, como creo que lo sois, yo tambien aspiro a este buen nombre i siempre he dado pruebas de merecerlo.

Os confieso, reverendo padre, que cuando escuché los injustos cargos que tan gratuitamente me dirijisteis, hubo un momento en que mi alma se reveló contra vos i sentí cierto placer pensando en las represalias a que vuestras palabras se prestaban tan fácilmente; pero el recuerdo instantáneo de que un espirítista que acepta sin restricciones la doctrina del Cristo, no puede volver mal por mal, ni abrigar en su corazon ninguna mala voluntad contra el hermano, volvió la paz a mi espíritu, hizo desaparecer de mi corazon toda amargura, i ántes de salir de este recinto me sentí atraido hacia vos con la simpatía de siempre.

Repetisteis varias veces que nosotros sentábamos hechos i doctrinas antojadizamente sin que poseyésemos datos ningunos

para saberlos. A nuestro turno preguntamos al padre Leon: i su doctrina, i la esplicacion de los hechos que de ella se desprende ¿de dónde los ha obtenido? No puede ser de otra parte que de la razon i de los libros revelados; pues nosotros sacamos nuestras afirmaciones de estas mismas dos fuentes, resultando, entonces, que no hai motivo alguno para que el reverendo padre León crea poseer la verdad con mas claridad que nosotros. ¿Será porque su criterio es mas delicado que el nuestro para percibirla i presentarla a los demas en toda su desnudez? Ni él ni nosotros podemos ser jueces imparciales en la materia. Los que nos escuchan juzgarán.

Dijisteis tambien que el que habla tenia un modo orijinal de deducir consecuencias, porque faltaba a las reglas o al método que debe seguirse en una argumentacion; pero es ocioso, señor, que me echeis en cara esta ignorancia que yo he confesado en el discurso anterior. Me imagino, por otra parte que, para hacer patente una verdad, no es menester de muchas reglas, porque así como en las matemáticas el orden de los factores no altera el producto, del mismo modo, cuando se trata de sacar una consecuencia verdadera, no es indispensable conocer el método empírico que se observa para colocar las varias partes de que se compone un argumento; pero si lo fuese, la ventaja en todo caso será para vos que sois gran maestro en esta materia.

Ademas, habeis querido significar, si no me equivoco, que los espiritistas hemos venido a estas conferencias como intrusos, i, desde que éste es un cargo injusto que no podemos aceptar, os diremos en breves palabras el motivo de nuestra presencia en este lugar. En las modestas conferencias que dabais a un reducido número de jóvenes, como vos habeis dicho, se habló del espiritismo. Dijisteis vos que eso era una tontería; que se os trajese un libro i en mui poco tiempo pulverizaríais esa doctrina. Cuando esto supimos, nosotros fuimos quienes os facilitamos los libros que deseabais. Al poco tiempo os creísteis ya capaz de ejecutar aquella pulverizacion i anunciasteis que la haríais en la conferencia del doce de junio.

Nosotros a pesar de creer que las verdades del espiritismo son incontestables, quisimos oir las razones que íbais a emplear para destruirlas, con el propósito de aceptarlas si nos satisfacian, desde que nuestro único anhelo es encontrar la verdad. Concurrimos tambien a vuestras conferencias, porque se nos dijo que eran públicas, i creimos ademas que os fuera agradable la dis-

cusión, pues de otra manera no podria tener gran valor ni lu-
cimiento vuestra argumentacion: vos sabeis lo demas.

Ahora, si os desagradaba nuestra presencia, si encontrábais mas cómodo pulverizar al contrario sin que pudiera devolveros los golpes que le dirijiérais, i si era tan débil vuestra doctrina que no podia resistir a los argumentos de tan ignorantes ad-
versarios como somos nosotros, estabais en vuestra casa i po-
diais habernos dicho francamente que nos retirásemos: os hu-
biéramos obedecido al instante, sin que hubiérais necesitado emplear los medios de que os habeis valido para rechazarnos.
Nos alejamos, pues, de vuestras conferencias sin haberos oido una sola razon atendible en contra de nuestra doctrina, i sí mu-
chas que colocan bien abajo la vuestra.

A fin de contestar vuestro último discurso, en que encontra-
mos un semillero de errores, quisimos, tanto para pulverizarlos como para evitar equívocos desagradables, tomar vuestras pa-
labras al pie de la letra. Al efecto, os pedimos vuestro discurso, ya que lo traíais escrito, i os escensásteis diciendo que lo habíais menester para trabajar la continuacion. Uno de nuestros ami-
gos os dijo entonces que en breve tiempo sacaríamos de él una copia, i contestásteis que solo el superior podia resolver esto, invitándonos a verlo al dia siguiente. Segun vuestra indicacion, nos acercamos al convento i se nos contestó que no se podia ha-
blar con el superior i ménos con ninguno de los otros padres, porque en la noche anterior habian entrado a ejercicios. Res-
petando las razones que puedan haber existido para que se nos negara vuestro discurso, tenemos necesidad para con-
testarlo, de ocurrir a nuestros recuerdos; así es que solo nos de-
tendremos en aquellas partes en que tenemos entera seguridad, reservándonos completar la contestacion, cuando vuestro dis-
curso esté impreso.

II.

Dijisteis, reverendo padre, que yo habia cometido un error, cuando en mi discurso anterior, para manifestar la lei a que está sujeto el progreso humano en su desarrollo, supuse a Dios colo-
cado en la extremidad de la asintota de una hipérbole cuya curva recorria el hombre en sus diversas existencias. Fijaos bien, reverendo padre, i vereis que vos sois el equivocado. Sin duda
vuestra imajinacion, en presencia de las verdades absolutas de

las matemáticas, no ha alcanzado a hacerse cargo de la exactitud con que hemos colocado a Dios en la extremidad de la asíntota de una hipérbola, i por eso habeis presentado triunfalmente una rectificación de nuestra comparacion, diciendo que puesto que la asíntota es *infinita*, es un error querer colocar a Dios en su extremidad, sin pensar que la distancia que separa al ser infinito de los seres limitados es indefinida, i por consiguiente imposible de medir. Aceptando vuestra rectificación, resultaría que era posible la comparacion entre Dios i sus criaturas, como lo es la distancia de un punto cualquiera de la hipérbola a su asíntota. ¿Aceptais este absurdo?

Ya veis, señor, que no era equivocada nuestra comparacion, como os figurábais, i francamente, aunque lo fuera, no valia la pena de que la observáseis. Si hubiéramos de ir a rebuscar las inexactitudes en que a cada paso incurris en los ejemplos que poneis, no nos quedaría tiempo para tratar la cuestión principal. Sin ir mas lejos, en la segunda conferencia dijisteis cuatro veces seguidas que el progreso se asemejaba a la rama de la *parábola* cuya asíntota era ocupada por Dios; i como es bien sabido que la *parábola* no tiene asíntota, resulta que Dios no existe. ¡Cuánto os hubiera enfadado a vos, reverendo padre, que nosotros hubiéramos tomado pie de esta equivocación para deducir en contra vuestra una consecuencia tan monstruosa!

Las comparaciones nada prueban, i solo sirven de ilustración, como una figura o una lámina; por eso, cuando se trata del fondo de una teoría, casi es tiempo perdido el que se gasta en el dibujo, que para mayor claridad se acompaña, o en rectificar la comparación ilustratoria.

Por nuestra parte, seguirémos tratando la cuestión principal.

III.

En las primeras observaciones que tuvimos el honor de presentaros os dijimos, reverendo padre, que vuestra doctrina de los límites o *no perfecciones* de las criaturas se encontraba en abierta contradicción con la teología católica, puesto que en dicha teología se advierte espresamente que Dios ha creado al hombre a su imájen i semejanza; i que la diversidad de facultades, o sea la diferencia de condiciones con que los seres humanos aparecen en este mundo, se debe al mal uso que el hombre ha hecho de su libertad. No creímos entonces que nos fuera pre-

ciso esplicar mas latamente el alcance de esta sencilla argumentacion, i nos ha sorprendido mui de veras oiros preguntar, ¿a qué viene la citacion de las palabras del Jénesis?

Comenzásteis a esplicarnos entonces la interpretacion de la palabra revelada de una manera que no pudimos comprender, pero que en conclusion, la hicisteis servir de apoyo a vuestra tesis que es anti-católica, como podeis verlo en el catecismo de la doctrina cristiana redactado por el señor prebendado Saavedra, donde se leen, en la página 34, estas preguntas relativas a la felicidad paradisiaca de nuestros primeros padres.

«P. ¿En qué consistia la felicidad temporal de que habrian gozado?»

R. En ser inmortales, libres de *males en el alma i en el cuerpo, i en tener dominio sobre las demás criaturas materiales i terrestres.*

P. ¿Qué castigo debia seguirse a su quebrantamiento?

R. La *pérdida de dicho dominio, las miserias de la vida, i la muerte temporal i eterna.»*

Ya lo veis, señor, la teología católica no atribuye las miserias de la vida a vuestras armonías del conjunto ni toma para nada en cuenta vuestra pretendida *lei de compensación.*

Pero si quereis una mas espícita declaracion de lo que llevamos dicho, vamos a copiaros otras preguntas i respuestas para mayor claridad en el asunto.

«P. ¿Qué efectos ha causado en nosotros el pecado original?

R. Los ha causado en el alma i en el cuerpo.

P. ¿Qué efectos ha producido en el alma?

R. Estos tres: 1.^o, privacion de la gracia santificante i demás virtudes; 2.^o, *oscuridad del entendimiento;* i 3.^o, perversión de la voluntad.

P. ¿Qué efectos ha producido en el cuerpo?

R. Estos dos: 1.^o, los DOLORES i ENFERMEDADES de la vida; 2.^o, la muerte.»

Inútilmente habríamos intentado esplicarnos con mayor claridad que la empleada por el señor Saavedra: las DOLENCIAS FÍSICAS, las IMPERFECCIONES de las facultades del entendimiento, la muerte, las miserias de la vida etc., todo se debe al pecado de nuestros primeros padres i no a la creacion de Dios, porque salta al ojo ménos perspicaz que si el órden actual del linaje humano fuera la obra Divina, la justicia infinita habria de sufrir.

Nosotros, a fin de manifestaros lo descaminado de vuestras

teorías, no hicimos mas que indicaros los puntos principales de nuestra argumentacion, para entrar a discutir con vos la verdad del pecado orijinal; pero, encontrásteis mas cómodo echarnos en cara nuestra ignorancia, rehuyendo la cuestion principal hácia donde habríamos deseado encaminaros para plantearla i proceder con mas método i lójica.

IV.

Ya que nos encontramos de acuerdo con la teología católica, en no atribuir a Dios las miserias i dolencias de la humanidad, tócanos tratar del argumento mas culminante de vuestro discurso acerca del cual llamásteis mui particularmente nuestra atencion. Dijísteis que si bien Dios habia criado el Universo i a los seres intelijentes por efecto de su infinita bondad, esta creacion no habia sido necesaria. De aquí parece deducirse que, puesto que Dios nos ha dado la existencia i las facultades de que gozamos, sin compromiso alguno, es dueño de dotar a sus criaturas como mejor le plazca. Luego la Divinidad no falta ni a su justicia, ni a su bondad, estableciendo las diferencias que observamos en el mundo. Tal fué vuestro principal argumento que considerásteis como incontrovertible.

I en verdad, señor, que no desconocemos la fuerza i precision de vuestra argumentacion. Jamas hemos pretendido, por cierto, coartar la soberanía absoluta del Ser Supremo para crear este mundo i los millones de mundos que pueblan el espacio, de la manera que lo ha hecho. Nuestra diverjencia se deriva de un punto mas elevado que lo que os imaginais; se desprende directamente de la diferente idea que vos i nosotros tenemos de la Providencia Divina.

En efecto, señor, nosotros no comprendemos como vos, que existan en el Ser infinito, los caprichos i veleidades de las criaturas imperfectas; no creemos que Dios gobierne antojadizamente el mundo moral. Nosotros pensamos que, así como el Universo físico está sometido a leyes de una sabiduría absoluta, así tambien el espíritu obedece a otras leyes invariables en absoluto, de infinita justicia i equidad. Por esto, al contemplar las hirientes desigualdades del órden social; al sentir el prolongado jemido que de la tierra se exhala diariamente; al ver a la injusticia i a la maldad triunfantes, i a la virtud i la verdad escarnecidas sobre este globo, esclamamos: ¡no! Dios no ha podido ser

el autor de tales diferencias, débense solo al estado de atraso i de ignorancia en que nos encontramos; pero tal orden ha de desaparecer con el progreso indefinido del linaje humano!

Despues de dar por sentado que Dios procede antojadizamente con sus criaturas, a renglon seguido sentais tambien otra teoría que llamais de las compensaciones i que esplicásteis diciendo que Dios daba a sus criaturas ciertas gracias en cambio de algunas faltas o defectos; que si el hombre a quien sonrió la fortuna goza mas de los bienes de la tierra, su salvacion es mas difícil; que si el pobre sufre mas las miserias de su condicion, en cambio está mas avanzado en el camino de su salvacion. Todo esto podrá ser tan cierto cuanto querais, pero entonces Dios habria sido injusto con los acaudalados de este mundo, dificultando para ellos la felicidad eterna. Ya lo veis, señor; con vuestra doctrina, la equidad, es decir la soberana justicia, no brilla en las obras de este mundo. ¿A qué acudir a una compensacion incomprendible i antojadiza, para armonizar los atributos del Ser Supremo, con nuestro imperfecto estado social que es la obra exclusiva de los hombres?

I si tal compensacion existiera, ¿cómo la podríais establecer razonablemente entre un idiota i un hombre de talento? ¿Qué compensacion cabe entre un niño recien nacido a quien se ha bautizado para que vuele a la gloria, i un hombre virtuoso que ha luchado largos años con la adversidad i las desgracias del mundo, a quien la muerte sorprende en un momento de debilidad i de flaqueza? ¿Qué compensacion cabe entre un asesino, monstruo esterminador, que al morir en brazos de vuestra religion el sacerdote ha perdonado i ha abierto las puertas de la eterna dicha, i el padre de familia honrado i virtuoso a quien una muerte repentina ha arrebatado sin darle tiempo de confesarse?

Supongamos que un niño recien nacido muere al instante despues de recibir el bautismo. Segun la teoría católica, este espíritu se va directamente al cielo, a gozar de todas sus delicias. Ahora supongamos que otro tambien recien nacido, muere antes de recibir el bautismo. Este último, segun la teología católica, va al limbo, lugar mui inferior al cielo. ¿Dónde está entonces la compensacion? ¿O por ventura el limbo es igual al cielo?

Recorred, señor, la escala social; ved a la usura i a la maldad dominando como soberanos en esta tierra, i decidnos en

seguida que no existe mas que esta vida de miserias i de dolores i que despues nos espera la eternidad; decidnos que Dios es el autor de todo esto porque no tenia obligacion alguna de hacer igualmente felices a todas sus criaturas; decídnoslo, señor, con la conciencia tranquila i el ánimo sereno. ¡Nó, señor! vos no podeis decirnos tales cosas, porque estais mas al cabo que nosotros de los tormentos que oprimen a las almas justas. Vos conoceis, señor, la inespugnable capa de insensibilidad que rodea el corazon de muchos ignorantes felices que ni aun tienen conciencia de las faltas que cometan. ¡No, señor! Vos no podeis comprender que exista la equitativa compensacion que imaginais para justificar vuestra doctrina!

Por otra parte, esa misma compensacion con que procurais deslumbraros, nos está probando que ni para vos, ni para nosotros, ni para nadie, Dios ha sido el autor de la designial reparticion de las dotes con que aparecen los hombres en el mundo, alegando vos mismo como fundamento, que nos ha regalado la vida como un producto caprichoso de su voluntad. Esto podrá convencer al mas ciego acerca de la debilidad de vuestras teorías.

Si es justo i racional que Dios reparta sus dones arbitrariamente como el miserable avaro que llama a los mendigos para distribuir la limosna que mas le cuadre i que a unos les da como ciento i a otros como dos ¿a qué se trae al debate la lei de compensacion? Luego no es cierto que las cosas pasen como las imaginais; luego al tratar de las obras de Dios es preciso dejar bien establecidos en ellas todos sus atributos; luego tenemos razon para esclamar que vuestras teorías hacen de Dios un ser injusto, al considerar como su creacion propia las dotes especiales de sus criaturas!

V.

Dijisteis, señor, que no convenia al progreso social que todos los hombres fuesen sabios ni grandes hombres, porque entonces «no habria quien hiciese zapatos, ni de comer, etc.»

Cuando eso os oí decir, me figuré que os chanceabais, reverendo padre. ¡Condenar el progreso humano, porque no sufra el carnal sibarita, es algo que francamente no sé como calificar! ¿Temeis, señor, que si todos fuesen sabios i grandes hombres, no tendríamos qué comer ni qué vestir? pues, escuchad para

tranquilizaros, lo que se lee en el capítulo 6 versículos 25 i siguientes del Evangelio, segun Mateo.

«Por tanto os digo (es Jesus quien habla) no andeis asanados para vuestra alma pensando qué comereis, ni para vuestro cuerpo qué vestireis. ¿No es el alma mas que la comida i el cuerpo mas que el vestido?»

«Mirad las aves del cielo que no siembran ni siegan ni guardan en trojes i vuestro padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho mas que ellas?»

«¿I porqué andais acongojados por el vestido? Considerad como crecen los lirios del campo que no trabajan ni hilan. Os digo que ni Salomon en toda su gloria fué cubierto como uno de estos.»

«Pues si al heno del campo, que hoy es, i mañana es echado en el horno, Dios viste así ¿cuánto mas hará con vosotros, hombres de poca fe?»

«No os acongojeis pues, diciendo: ¿qué comeremos, qué beberemos, o con qué nos cubriremos? Porque los jentiles se afanan por estas cosas, i vuestro padre sabe qué teneis necesidad de ellas.»

«Buscad pues, primeramente el reino de Dios i su justicia i todas estas cosas os serán añadidas.»

Ya veis, reverendo padre, que si creemos en las palabras del Maestro no debemos preocuparnos por la comida ni por el vestido, porque solo los jentiles se afanan por estas cosas. Nosotros, los cristianos, debemos buscar el reino de Dios i su justicia i confiar ciegamente en que las demás cosas nos serán dadas por añadidura.

¿Cómo llegaremos a encontrar el reino de Dios i su justicia? Unico medio:—el progreso intelectual i moral del individuo. Tratemos de penetrar las obras de Dios por el estudio, ya que no nos es dado conocer la naturaleza íntima de ese Ser infinito, i poco a poco iremos conociendo este reino imperecedero i la infinita bondad, sabiduría i justicia del Padre Soberano que lo gobierna. ¿Será dado al hombre recorrer tan largo trayecto en una sola existencia? No: luego para que cumpla su fin, es necesaria la reencarnación.

Volviendo a la tesis que sentásteis, supongamos por un momento que los testos citados apesar de su claridad i sencillez, sean tan solo una figura, i que en tal concepto subsista siempre el temor que os asiste de que siendo todos sabios o grandes

hombres, no habria cocineros, ni zapateros, sastres etc. Para salvar tales inconvenientes, menester seria segun vos, separar una buena parte de la jente a fin de que desempeñara estos destinos; i como Jesus os dice: «lo que deseas i quieras para tí, debes desear i querer para vuestros hermanos,» yo os pregunto: ¿de qué manera hareis la separacion? Vos sois un hombre ilustrado, sois cristiano i debeis no solo desear, sino que teneis obligacion de trabajar para que todos se ilustren.

Miéndras resolveis la cuestion, sigamos adelante.

Los pasajes del Evangelio que dejamos citados, no son por cierto una figura sino una realidad. Dios provee de alimento al que lo necesita, i de ello tenemos un ejemplo vivo en el pueblo de Israel que por tantos años se alimentó en el desierto con el milagroso maná. En consecuencia, los cristianos debemos mirar el alimento del cuerpo solo como algo necesario para mantener la vida de prueba a que estamos sometidos, i de ningun modo como un placer sensual, propio tan solo de los jentiles. Los verdaderos goces del cristiano deben ser los del corazon que únicamente se obtienen con la práctica de la caridad que es el lazo de union entre Dios i sus criaturas. Es indudable que la principal obra de caridad consiste en enseñar al que no sabe; luego, nuestra mayor actividad debe emplearse en derramar la luz sobre todos los hombres, para cumplir con la siguiente enseñanza del Cristo: «Nadie enciende una antorcha para ponerla debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa.» (Mateo c. 5, v. 15.—Scio.)

Procuraremos entonces, que todos sean sabios i grandes hombres, inclusa esa mitad de la especie humana, «carne de nuestra carne i hueso de nuestros huesos,» compañera fiel de la cuna al sepulcro, i aun mas allá, que con tanta ternura compare nuestras dichas i nuestros infortunios.

VI.

En las primeras conferencias aseverábais que el hombre en su progreso recorria la rama de la hipérbola, acercándose mas i mas a Dios, i en vuestro último discurso, cambiando de modo de pensar, nos dijisteis que léjos de ser exacto que el hombre se acerque a Dios con el progreso, es el niño en sus primeros años el que está mas cerca de la asíntota en virtud de su in-

cencia. Para fundar vuestra proposicion aludisteis a un pasaje del Evangelio que interpretásteis mal, apesar de ser tan claro. Hélo aquí:

«Preguntaron los discípulos a Jesus quién seria mas grande en el reino de los cielos, i llamando Jesus a un niño, lo puso en medio de ellos i les dijo: en verdad os digo que si no os volviéreis como estos niños no entrareis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, éste será el mayor en el reino de los cielos; i el que recibiere a un niño tal en mi nombre, a mí me recibe. Mirad que no tengais en poco a uno de estos pequeñitos, porque os digo, que *sus ángeles* en los cielos siempre ven la cara de mi padre.» (Mateo 18—1 a 10.—Scio.)

En todo este pasaje Jesus toma a los niños como emblema de inocencia i pureza; por eso dice: el que se hiciere o volviere tan puro como un niño, ese será llamado grande en el reino de los cielos. No es el niño, pues, el que es grande en el reino de los cielos, sino el hombre que por su pureza de vida se le asemeja. No es el niño el que ve la cara de Dios en el cielo, sino el ángel que le sirve de custodia.

Cuando Jesus mandó a sus discípulos a predicar el Evangelio, tambien les dijo: «sed sencillos como la paloma,»—i por cierto que la paloma no está mas cerca de Dios que el hombre.

Así el pasaje citado no puede tener la interpretacion que vos le dais, señor, por las razones aducidas i porque estaría en pugna con aquel otro texto en que se ofrece un premio proporcionando a nuestras buenas obras, i el niño que no ha podido hacer ninguna, es imposible que esté mas cerca de Dios que el hombre, por pocas que haya practicado.

VII.

Dijísteis, reverendo padre, que el espiritismo era cruel con los desgraciados, porque les amarga su situacion haciéndolos criminales i poniendo en pública espectación sus faltas anteriores.

Vuestro empeño por desvirtuar nuestros argumentos, que son incontestables, os ofuscan, reverendo padre, hasta el punto de hacer de ellos apreciaciones tan absurdas como la presente.

Para que conozcais vuestro error, suponed a un hombre detenido en un calabozo inmundo por un tiempo indefinido que él

no conoce, suministrándosele por todo alimento un pan i un vaso de agua cada dia. Segun vos, seria crudelidad hacer saber a este hombre los verdaderos crímenes por que se le castiga de esta manera; i al contrario, mui caritativo i benigno persuadirlo de su inocencia i de que el martirio que sufre es debido al pecado que seis mil años há cometieron Adan i Eva; o bien, que Dios, nuestro Padre comun, para dar cumplimiento a la lei de *las armonías del conjunto*, ha tenido a bien inflijirle estos castigos, ya que a otros ha colmado de dicha.

¿Qué os parece, reverendo padre?

Aquello que dijisteis de que los pobres i desgraciados eran mas queridos de Dios que los ricos i los felices, es tambien un error, porque Dios es nuestro Padre comun i a todos nos ama igualmente. Ciento que, en jeneral, el rico está mas apartado de Dios que el pobre, i eso se comprende fácilmente: el rico, no necesitando pedirle a Dios las cosas necesarias a la vida, se olvida de lo que debe a este Ser infinito; miéntras que el pobre acude a El en todos los momentos, porque lo necesita; i como lo único que santifica al alma es la comunicacion franca con Dios, es por eso que el pobre está mas cerca de El. Tanto el pobre como el rico vienen al mundo a sufrir una prueba: éste pidió las riquezas con el objeto de hacer con ellas el bien a sus semejantes, i, si no lo hace, como sucede jeneralmente, ¡pobre del rico porque ha perdido su tiempo i tendrá que volver a empezar! Por eso dijo Jesus: «es mas difícil que un rico se salve, que el que un camello pase por el ojo de una aguja.» La inmensa dificultad de que un rico se salve, es solo en la presente encarnacion; de aquí es que cuando le observaron los discípulos la imposibilidad absoluta de que un rico se salve, les dijo: «para Dios eso es mui fácil.»

I aquí no dejaremos de hacer notar una observacion que viene a explicar i a hacer brillar con nueva luz las palabras de Jesus. En el sermon de la montaña concedió la bienaventuranza a los pobres de espíritu, a los que lloran, a los que han hambre i sed de justicia, etc., porque estos diferentes estados de sufrimiento moral, son una purificación para el alma que voluntariamente se ha sometido a ella con el objeto de acercarse mas a Dios. No debemos, pues, creer que estas personas que así sufren estén en los primeros escalones del progreso, porque talvez ellas son superiores, i lo serán indudablemente a muchos, despues de haber cumplido su prueba. Hé aquí como Dios abate a los sober-

bios i ensalza a los humildes, no por un capricho de su voluntad soberana, indescifrable para nuestra inteligencia, ni segun una pretendida *lei de compensacion*, sino dando cumplimiento absoluto a su soberana justicia i a la ineludible lei del progreso.

VIII.

Dijísteis igualmente, reverendo padre, que segun el espiritismo, a los grandes conquistadores, que tambien son grandes culpables, despues de haber derramado la sangre a torrentes i de haber dejado en la miseria i horfandad a millares de victimas, solo se les condenaba a que volviesen a nacer de nuevo i a gozar entre pñales de las caricias de una madre. A este respecto citásteis algunos textos en los que se daba a entender que Dios oprimia con mano fuerte a los poderosos de la tierra, etc.

Sin duda, reverendo padre, que habrás deseado que Dios hubiese arreglado las cosas de tal modo, que dejara satisfechos el rencor, la sed de venganza i el odio inagotable que pueden producir en ciertos corazones los destrozos ejecutados por un conquistador. En una palabra, el único castigo digno de la ferocidad de los conquistadores como Napoleon i Alejandro Magno; de los tiranos como Neron, Calígula, etc., será, segun vos, el arder eternamente precipitados en el infierno. Para vos, esos móstruos están fuera de la caridad católica; para ellos no debe existir la compasion; ellos no pueden llamarse criaturas de Dios. ¡Pues el espiritismo enseña precisamente lo contrario; que nuestra caridad debe ser tanto mas grande, cuanto mayor sea la caida!

Segun parece, la caridad católica tiene sus límites, no así la del espiritismo que quisiera ver en cada hombre una fuente inagotable de commiseracion para los estravíos humanos. No pensó como los católicos del dia nuestro maestro Jesus, quien nos aconsejó pedir siempre a Dios que nos perdonase como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No se crea por esto que el espiritismo deja sin una condigna reparacion los ultrajes hechos a la humanidad por los tiranos que la deshonran; no se crea que aquellos que han tenido valor para arrojar a las hogueras a multitud de victimas inocentes, so pretesto de una fe incomprendible para ellos mismos, quedarán impunes. Lo vamos a demostrar. La razon, la deducion lójica de lo que sucede en nuestra vida i la doctrina espiritista, qué es la misma del Evan-

jelio, tienen aparejada una satisfaccion proporcionada a los crímenes i maldades de los hombres.

I a este respecto no sabemos como concebir el argumento que nos hicisteis; pues segun lo decíais públicamente, conocíais toda la doctrina espiritista. ¡I sin embargo, os atreveis a afirmar que segun nosotros, el único castigo de las faltas humanas es el nacer nuevamente entre pañales! No, reverendo padre; la razon i el buen sentido nos dicen que el alma, una vez desprendida del cuerpo, conocerá claramente la malicia de sus acciones punibles, i el remordimiento, la vista de sus víctimas, i un cúmulo de horrores inesplícables, vendrán despues de la muerte a hacerle saber sin *compensacion* alguna, todas las amarguras que a manos llenas ha vertido contra sus semejantes; hasta que, vencido por el dolor i por el remordimiento, de sus acciones, clame a Dios arrepentido i le pida como una gracia volver a este mundo para pasar por una nueva prueba, rejenerarse i seguir el camino de donde se había apartado.

Hé aquí, señor, un castigo que tiene su objeto i que corrije de lleno todos los crímenes que la hipocresía i la maldad han podido dejar impunes sobre esta tierra.

Ved ahora lo que a este respecto dice Miguel Bonnamy, juez de instrucción, miembro del congreso científico de Francia, etc., etc:

«Si el espiritismo rechaza los suplicios infernales, tales como han sido pintados por los cerebros humanos, i aparta las penas eternas como esclusivas de la omnipotencia, de la bondad infinita i de la justicia soberana del Creador, admite que se reserva una sancion jeneral a aquellos actos que, ejecutados con el libre albedrio, contravienen a la lei de Dios.

«Desde luego las pasiones por sí mismas constituyen para el hombre un estado de miseria i de tribulacion que le castiga en la tierra, i mas tarde son la causa de sus sufrimientos en el mundo de los Espíritus. Porque los trabajos de la existencia encarnada se perpetúan en él, i este es un castigo, de suerte que el hombre lleva en sí mismo el infierno reservado a los pecadores.

«En efecto, estos remordimientos, estas aspiraciones reducidas a la impotencia i que no pueden satisfacerse, estas ideas de felicidad desvanecidas en el momento mismo en que se cree tocar el objeto perseguido con tanto ardor, dan suficiente cumplimiento a las exigencias de la justicia divina.

«El mayor suplicio del hombre en el mundo de los Espíritus, es la vergüenza de los malos pensamientos, que no pudiendo allí disimularse, se hacen patentes a los ojos de todos. El velo que los cubría está rasgado del todo; el alma contaminada de todas las impurezas terrenas, aparece en medio de una luz deslumbradora. Reflejándose en el mundo invisible todas las faltas, las iniquidades i los crímenes, persiguen al culpable con el furor de las Euménides, para hacerle experimentar los males que ha causado, las cruelezas que ha cometido, los dolores que ha hecho nacer i los que ha rehusado aliviar, o que ha acogido con la indiferencia del egoismo.

«Todas las acciones del hombre tienen el carácter de su moralidad, i, como el Espiritismo nos enseña, cada acto lleva en sí mismo su castigo o su remuneración.

«El primer grado de la pena impuesta por la justicia divina, sobrecoje en cierto modo al culpable sobre el hecho. Es la conciencia de una mala acción, cuyos amargos frutos emponzoñan hasta los goces que se habían tratado de obtener i que fueron su móvil.

«Este primer grado de castigo se vuelve a encontrar en las consecuencias materiales del acto cometido, en lo que echa por tierra todos los cálculos del egoísmo, del orgullo i del odio; vuélvese a encontrar todavía en las torturas morales que de él resultan, torturas peores que los tormentos materiales.

«El estado de enfermedad mental, dice *Erskine*, constituye un castigo: el perdón es insuficiente; sin la salud, es una vana palabra.»

«Las pasiones producen pues un estado de miserias que persigue al hombre en la tierra; sus remordimientos son su verdugo i producen entonces las desesperaciones del infierno. Es el primer grado del castigo.

«El segundo grado espera al individuo culpable en el momento en que, abandonando su envoltura terrena, está llamado a comparecer ante el supremo juez. Las primeras angustias de la muerte no son más que los presentimientos precursores de la terrible espiación que a su espíritu está reservada, una vez desprendido de la envoltura terrestre.

«Luchando a brazo partido con sus iniquidades, deberá sufrir sus desgarradores abrazos; los odiosos anales de su conducta serán descubiertos, i en fin, el manto de la hipocresía caerá desgarrado en jirones, no siéndole ya posible ocultar sus ver-

gonzosos pensamientos, ni impedir que resplandezca la implacable verdad, ni sustraerse a la confusión que para él resultará al ver sus culpables cálculos divulgados i heridos de impotencia.

«Allí vienen a aterrizar las miradas del asesino las imágenes de las víctimas sangrientas; el avaro corre desesperado en pos de los tesoros que ha dejado en la tierra i que reparten entre sí, a pesar de sus protestas, sus ávidos colaterales: sus ansiedades son crueles, porque toma su ilusión por la realidad. Bajo el dominio de una alucinación ha conservado las impresiones de su existencia terrena i sufre las punzantes angustias de su amor al oro que nada puede satisfacer.

«Allí todavía, los dolores, las lágrimas que el malo ha causado en la tierra, vienen por un reflejo providencial, a reproducir en él estos mismos tormentos en su desesperadora realidad.

«Allí es, en fin, donde el que hubiese retrocedido cobardemente ante su tarea en la tierra, ante las pruebas i las espionajes; el que hubiera atentado con culpable brazo a su propia vida, se verá enlazado fatalmente al cuerpo de que voluntariamente se desprendió. Verá cómo los gusanos se ceban en su terrestre despojo, a cuya disolución asistirá en castigo de su rebeldía contra Dios.

«A cada uno según sus obras. El egoista sufre aisladamente, viéndose abandonado por los otros Espíritus que le retiran toda simpatía i rehusan su comunicación.

«El orgulloso queda sumergido en las tinieblas sufriendo los desdenes, las burlas i los insultos prodigados a la posición humillante a que ha sido relegado.

«En fin, todos estos culpables ignoran lo que el porvenir les reserva. Cruel incertidumbre, porque a los ojos de estos desdichados, los punzantes sufrimientos que les atormentan no deben tener término. Ademas, en este estado de angustia, están, como espíritus, privados del sueño terrestre; de este bálsamo consolador i reparador del infiernito, que en la vida del encarnado viene a interrumpir el dolor i suspender el remordimiento.

«Tal es, según la doctrina espiritista, el infierno que al hombre, o más bien al espíritu malo espera. Estos tormentos que pueden durar siglos, no deben calmarse hasta que el culpable se abra la vía de la misericordia por su arrepentimiento i su since-

ra conversion hacia Dios. Desde entonces ve aquel desgraciado alborear para él los primeros rayos de esperanza. Comprende en su recojimiento, la atencion de sus faltas, i entonces comienza en él a nacer el pensamiento saludable i consolador de recomenzar las pruebas de la vida terrena, para reparar sus faltas i llegar, por la depuracion, a sus últimos fines.

«Aquí se ve cuál es la primera i cruel espiacion que atraviesa el espíritu de un encarnado que se ha mostrado refractario a la lei de Dios: este doloroso estado le prepara a la prueba de una nueva encarnacion, en la que deberá tratar de hallar las condiciones de la espiacion i de reparacion propias a borrar las faltas de sus precedentes existencias, a depurar i rectificar sus inclinaciones; i segun la palabra de *Erskine*: «A hacerle recobrar la salud.»

«Todas las faltas, vicios, crímenes i otras inclinaciones de la humanidad, hallan su espiacion en las vicisitudes, i los males que se refieren a la reencarnacion, en la cual debe el espíritu cumplir una nueva faz de su existencia.

«Así aquel que, en nna vida precedente, hubiese abusado de sus riquezas, rehusando su óbolo a la desgracia i al sufrimiento, experimentará a su vez las angustias de la pobreza; el orgulloso pasará por las econdiciones mas humillantes; el amo duro e implacable soportará los rigores de la esclavitud o los disgustos de la servidumbre; quizá tendrá que obedecer al mismo a quien mandó, i el rico inhumano mendigar su pan a la puerta de su palacio, sufriendo lo que a otros ha hecho sufrir.

«Así es, que para el espíritu impuro que recomienza la vida terrena, estarán los sufrimientos en razon de sus anteriores faltas, de los males que precedentemente haya causado, i de las dificultades que tenga que vencer para rectificar sus imperfecciones.

«De esta manera, dejando siempre el infierno espiritista abierta la via al arrepentimiento i a la espiacion, no cierra jamas el acceso a los beneficios de la misericordia de Dios. No lleva, como el infierno católico, grabado en su frontispicio la inexorable inscripcion del *Dante*: «Jamas.—Siempre;» sino al contrario: «Esperanza, consuelo.»

«Tal es el infierno espiritista, o mas bien, tal es el purgatorio que suministra al Espíritu los medios de reparar sus faltas, de depurarse i de proseguir su adelanto moral.

«El infierno espiritista no es, pues, ese abismo fantástico

creado por la imaginacion de los hombres, i cuya sola descripcion hiela de espanto.

«El Espiritismo proclama un infierno digno de un Dios justo i misericordioso, digno de un padre que no quiere la muerte de sus hijos; infierno temporal, tiempo de prueba, de arrepentimiento, de conversion hacia si mismo i hacia Dios; infierno-purgatorio, en fin, que prepara las vias de la depuracion. Es el purgatorio católico, menos sus devoradoras llamas, que son un instrumento de残酷, pero no de depuracion; i que con un Dios bueno i justo no tendría razon de ser. En una palabra, el infierno espirituista es el camino de la rehabilitacion.

«Apartandonos de este tan luminoso desarrollo de los destinos del hombre, ¿es acaso posible el salir del callejon sin salida en que ha sido atropellada la razon, ya por las impotentes enseñanzas de la filosofia, ya por los dogmas proclamados hasta aquí en nombre de Cristo?

«Reconoced pues, filósofos i católicos, que solo el Espiritismo despues de Cristo, ha rasgado el velo de la impenetrable barrera que ocultaba al hombre la consoladora economía de su existencia. Esta impenetrable barrera, levantada ante la razon, hacia impotentes todos los esfuerzos, no dejando mas que desfallecimiento i duda.

«En tal perplejidad i bajo el peso de tan profundo desaliento, no tenia el hombre mas que dar un paso para caer en el materialismo. Desviando sus miradas de un porvenir que no podia penetrar, consideraba con espanto la piedra que debia cubrir su inanimado cuerpo, ultima palabra de una existencia no definida.

«¿I qué le quedaba en esta marcha penosa, oscilante, hacia la tumba? Nada, si no es el ultimo suspiro de una madre, de un padre, de un hijo, de un amigo, i un eterno adios! No, nada le quedaba en esta existencia terrena, sin objeto i sin riberas. No le quedaba mas que velarse la faz, entregarse sin medida ni reserva a los febres estímulos de la ambicion, al fausto, a la ostentacion, a los placeres de los sentidos, a todos los goces terrenales; no tenia mas que buscar la embriaguez de las pasiones, porque queriendo asirse de alguna cosa al menos en esta vida, no percibia otra cosa de que hacerlo sino de la actualidad de la existencia terrenal.»

Ya veis, reverendo padre, que el espiritismo no deja sin castigo a los culpables como lo aseverásteis; pero si los dejara, no

sois vos, por cierto, señor, el mas a propósito para echarnos en cara este defecto, desde que vuestra doctrina permite que un malvado cualquiera se marche en derechura al cielo sin mas requisito que una induljencia plenaria obtenida a tiempo.

¿Porqué, reverendo padre, si conocíais la doctrina de la reencarnacion en toda su latitud, no nos evitásteis entrar en estos detalles que creíamos inútiles para vos?

IX.

En el curso de vuestra argumentacion, reverendo padre, no habeis dejado piedra por mover a fin de lanzarnos a la cara todo el arsenal de las añejas preocupaciones sociales. No ha sido, pues, extraño que hayais acudido a la razon final de todo aquel que, no encontrando como justificar sus teorías, esclama: *Alta judicia Dei incomprendibilis sunt.* Los altos juicios de Dios son incomprendibles. Al tratar de las cuestiones morales, habeis dicho, poco mas o ménos: ¡Al penetrar en los umbrales de ese mundo misterioso, mi corazon se llena de un santo terror; pero los espiritistas avanzan con paso firme i animoso, resueltos a explicarlo todo!

En verdad, reverendo padre, que vuestro lenguaje en esta parte, tomando una entonacion épica, se ha revestido de toda la majestad necesaria para hacernos temblar por nuestra osadía. Pero debemos advertiros que, no porque nos esté vedado saberlo todo en el estado de ignorancia i atraso en que ahora nos encontramos, debemos renunciar a justificar al Ser infinito de las feas sombras que una doctrina errónea pueda arrojar sobre su augusta faz. ¡No, señor! miéntras nosotros podamos hacerlo, aun cuando fuera preciso exhalar nuestro último aliento en esta empresa, jamas renunciaremos a investigar con nuestra razon las sublimes leyes del mundo moral.

Con la misma razon que vos, señor, en las épocas de ignorancia se ha increpado su osadía a los sabios que penetraron en el estudio de las leyes del universo físico. I a este propósito queremos representar la situacion de los espiritistas al investigar las leyes del mundo moral, con una comparacion que creamos, mas o ménos, exacta.

Antes de que Copérnico hubiera proclamado el sistema del mundo, que lleva su nombre, todos los sabios creian en la fijeza de la tierra en el centro del Universo; todo se explicaba por

medio de círculos, epíciculos i cielos cristalinos. Esta teoría basaba a los hombres para la explicacion de los fenómenos que observaban, descansando, por lo demas, en las palabras del Maestro.

Pero llegó un tiempo en que las perturbaciones planetarias fueron observadas. Inútilmente se multiplicaron las hipótesis, porque ellas solo introducían la confusión en la obra divina. Fué, pues, necesario adoptar la verdadera teoría del mundo i arrancar a la tierra del usurpado solio en que la había colocado la ignorancia, i esto, a pesar del clamor i resistencia que entonces se levantó porque las nuevas leyes estaban en abierta pugna con algunos pasajes de la Biblia. ¿Quiénes sois vosotros, exclamaba la supersticion de esos siglos, para juzgar la obra divina? La fe nos enseña que la tierra está fija i que el sol es el que se mueve. Retiraos, pues, con vuestras teorías que introducen la perturbacion en las almas que creen en la infalibilidad de la palabra revelada; retiraos, nosotros no necesitamos de vuestra ciencia i nos basta saber que Dios ha hecho las cosas que vemos en el mundo para estar tranquilos.

Tal fué, señor, poco mas o menos, el lenguaje que entonces se empleaba por los que se niegan a ocupar su razon en la investigacion de las obras divinas.

De la misma manera que los astrónomos, nosotros deducimos de las perturbaciones del mundo moral la lei de la reencarnacion que tan bien armoniza los atributos de Dios con los fenómenos observados. I aunque con esta teoría no pudiésemos explicarlo todo, como sucedió al sistema de Copérnico, nos basta que nuestra doctrina justifique la providencia de Dios mejor que la vuestra, para rendir gracias fervientes al autor de la naturaleza que nos ha permitido estudiar sus obras i que nos proporcionará indudablemente la explicacion de todas las cosas, porque así está profetizado por nuestro maestro Jesus: *Ille vobis docebit omnia et sugeret vobis omnia quaecunque dixero vobis:* él os enseñará todas las cosas i os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho. (San Juan, cap. XIV, v. 26.)

El cargo de osadía, cuando se trata de investigar la verdad, es de antigua fecha. Los griegos reputaban como una impiedad, el que se investigasen los fenómenos naturales, porque segun su criterio, eso era querer penetrar el secreto de los dioses.

¿Creis, reverendo padre, que los griegos tuvieron razon?

X.

Se pervertiria la organizacion de la sociedad dijísteis, reverendo padre, si la mujer se dedicara a las ciencias, porque se distraeria de los objetos de ternura a que está destinada i dejarria secar su corazon.

No nos estraña vuestro lenguaje, reverendo padre, porque es el que siempre ha usado i usa el sacerdote católico i porque para desgracia de la humanidad, tiene todavía de partidarios en esta materia a la mayor parte de los hombres. ¿Cuál es el móvil que a estos impulsa a pensar como vosotros? No es siquiera el que vos habeis enunciado; es algo peor que eso, su egoismo. Al hombre no le basta que la mujer sea su compañera, como enseñó Jesus. Encuentra mas cómodo ejercer dominio sobre ella para tratarla, si es menester, como a una esclava, i el modo mas seguro i fácil de obtener este dominio, lo ha encontrado: es mantener a la mujer en la ignorancia; i hé aquí cómo por distintos caminos, sacerdotes i seculares, os habeis puesto de acuerdo. ¡I sin embargo, el catolicismo se precia de haber levantado la condicion de la mujer!

¿Porqué no abrir los ojos de la mujer cuando la verdad a nadie daña? Limitar el campo intelectual de la mujer, institutora natural del hombre, es algo como pretender prohibir al vijía el uso del anteojito de larga vista. Con esta prohibicion la tripulacion peligra i ninguna ventaja se ha alcanzado. La verdad es salvadora, reverendo padre. ¡Feliz el dia en que hombres i mujeres la posean igualmente!

No hablaré de los mezquinos móviles que tiene el hombre para mantener en la ignorancia a la mujer, porque vos los condenareis como yo: trataré tan solo de manifestaros que vuestra tesis no es verdadera, i que los males sociales que teméis si se alzase a la mujer al mismo rango que al hombre, son completamente infundados.

Sentais vos, como cosa averiguada i sin tomaros el trabajo de probarlo, que el tierno corazon de la mujer se secaria con la instruccion; pero tal afirmacion no es verdadera, porque los hechos dicen todo lo contrario; i vos, por vuestro ministerio, debeis saberlo mejor que nadie. ¡Qué! ¿no encontrais mas puro, mas tierno i delicado, el corazon de una señorita educada que el de una muchacha del pueblo que no ha podido cultivar su inteli-

jencia? Teneis que decirme que sí, porque es un hecho que todos sabemos i sentimos; i entonces ¿a qué queda reducida vuestra proposicion que nos la habeis querido presentar como un axioma? La instruccion, reverendo padre, es el pan del alma i no temais que a nadie haga mal, con tal que sea buena la materia prima. Enseñad al que no sabe, dijo Jesus; no escondais vuestra lámpara debajo del cedemín; dejad que a todos alumbre. Este espíritu sublime no hizo diferencia entre el hombre i la mujer.

Herido se siente el corazón de todo hombre que piensa al contemplar la situación actual de la mujer. El egoismo del hombre jeneralmente hablando, ha reducido a esta pobre mitad del género humano a cumplir dos misiones principales: agradar al sexo fuerte i adornar los salones. Para desempeñar debidamente su primer papel, tiene que ser víctima de la moda i del lujo, monstruo voraz que consume el bienestar de la familia, arruina las naciones i pervierte todo sentimiento moral. Para representar el segundo, ya tiene avanzado lo mas; los ricos i variados trajes. Agregad a esto un poco de música o de canto i tenéis el complemento de la cultura que le conceden. Entrad a esos salones i vereis el resultado de esta falsa educación. Si son mujeres las que hablan entre sí, gastarán toda la velada charlando de modas i de trajes con la única variante de la murmuración. Si la conversacion tiene lugar entre personas de distintos sexos, la escena es todavía mas lamentable i mas corruptora de la sana moral.

Vos, señor, no deseais, supongo, un estado tan abyecto para la mujer, i sin embargo, tal tiene que ser, mal que nos pese, mientras no se la instruya como es debido. Si negándole la ilustracion quereis sacar a la mujer de ese estado de corrupcion moral para hacerla virtuosa, solo lograreis hacerla ociosa i egoista: ocupará la mayor parte del dia en la iglesia, i el resto en hablar de sus propias virtudes, deprimentiendo por supuesto, las ajenas. ¿I en semejante seno habrá de alimentarse el que ha de ser hombre de bien i útil ciudadano?

Examinemos cómo pasarian las cosas, si a la mujer se la diera la participacion que naturalmente le corresponde en el estudio de las ciencias. Ella, que es tan amorosa i constante en el cuidado de sus hijos, les inculcaria desde la cuna sus propios conocimientos i estimularia a su esposo para que hiciera otro tanto. El esposo veria en su mujer una verdadera compañera i

tierna amiga; evidentemente existiría entre ellos el mútuo respeto, i como consecuencia, vendría la paz del hogar con toda la suya de dicha que ella produce. Elevado así el espíritu de la mujer por medio de la ciencia, jamás podría descender a las puerilidades que hemos insinuado.

Eduquemos, pues a la mujer; instruyámósla, no hagamos diferencia entre seres que Dios hizo iguales. Así marcharemos rápidamente al progreso moral e intelectual de la humanidad.

Capítulo XI. La virtud del obsequio.

El reverendo padre Leon creyó encontrar en un pasaje de los Evangelios la negación de la reencarnación del espíritu. Sospechamos que no lo ha leido atentamente, pues lo recitó con cierto aire de triunfo, aunque tal pasaje viene en apoyo de la doctrina que sostengamos. El ilustrado jesuita se ha valido de una prueba que comúnmente se llama contraproducente, como vamos a tener el gusto de manifestarlo.

En el caso de la curación milagrosa del ciego de nacimiento, preguntaron a Jesus sus discípulos: «Maestro, ¿quién pecó, éste o su padre por haber nacido ciego? i Jesus respondió: *Ni éste pecó ni sus padres: mas para que las obras de Dios se manifiesten en él.*» La pregunta de los discípulos manifiesta claramente que ellos aceptaban la reencarnación, porque creer que un inocente, como es un niño que recién nace, sufra por pecados que aun no ha tenido tiempo de cometer, es suponer tácitamente que ha pecado en otras existencias anteriores. Esto es de toda evidencia. Ahora, que Jesus tenía también la misma creencia que sus discípulos, lo prueba su contestación. Este hombre no ha nacido ciego por sus pecados, les dijo; lo que implica una afirmación de que un hombre puede nacer contrahecho por sus pecados anteriores. Si los discípulos hubiesen hecho una pregunta disparatada, como parece al señor Leon, bien cuidado habría tenido el Maestro de corregirles tan grosero error, como lo hizo en muchas ocasiones, llevando su escrupulosidad hasta el punto de rectificar sus pensamientos, cuando eran equivocados: por ejemplo, se lee en San Mateo:

«Pasando Jesus con sus discípulos a la otra ribera, estos se habían olvidado de tomar panes, i aquel les dijo: mirad, i guardaos de la levadura de los fariseos i de los saduceos.»

«Mas ellos pensaban dentro de sí: porque no hemos tomado

panes nos dice esto. I Jesus, conociendo sus pensamientos, les dijo: «Hombres de poca fe, ¿porqué estais pensando dentro de vosotros, que no teneis panes? ¿No comprendeis aun ni os acordais de los cinco panes para cinco mil hombres, i cuántos sesitos alzásteis? ¿Ni de los siete panes para cuatro mil hombrse, i cuántas espuestas recojisteis? ¿Cómo no comprendeis que no por el pan os dije: guardaos de la levadura de los fariseos i de los saduceos.»

«Entónceas entendieron los discípulos que no habia dicho que se guardasen de la levadura de los panes, sino de la doctrina de los fariseos i de los saduceos.»

Ya ve pues el reverendo padre Leon que ha sido desgraciado en su cita, porque ella viene a probar la tesis que nosotros sostienemos; i por si la esplicacion que hemos dado no le satisface, queremos ponerle otro ejemplo.

Supóngase que nosotros que sabemos que la falta de lluvias de otoño produce la viruela i que una vez introducido este flagelo, preguntásemos a un médico: ¿esta epidemia será acaso por falta de lluvias? El doctor nos contesta: no, esta epidemia no debeis atribuirla a la falta de lluvias, sino al gran desasero en que vive la poblacion. ¿Qué os parece, reverendo padre? Con esta contestacion ¡habrá negado el médico que la falta de agua trae la peste? Evidentemente no. Ahora, si hubiésemos atribuido la epidemia a una causa disparatada, como tendria que ser la que los discípulos atribuyeron a la ceguera, para que podais, vos deducir de ella la no reencarnacion, el médico con menos caridad que Jesus, seguramente nos habria sacado del error. Si hubiéramos interrogado al médico diciéndole: doctor, esa epidemia que en este momento nos invade, ¿será debida por ventura a la crisis comercial i monetaria por que el pais atravesia? No, bárbaros, nos contestaria el doctor, ¿qué relacion tiene una cosa con otra? Pues lo mismo, i con mayor razon que el médico, habria contestado Jesus a sus discípulos, si no fuera cierta la reencarnacion.

Fijaos, pues, otra vez mas, reverendo padre, en la interpretacion que atribuís a la Biblia para que no deis con ella armas al contrario.

XII.

Asombro os ha causado, reverendo padre, el que yo haya di-

cho para probar la doctrina de la reencarnacion, que se han observado que muchos han sido santos desde la cuna. I a la verdad que, en todo esto, no hai nada mas asombroso que vuestro asombro. Con el fin de probarnos que semejante fenómeno jamas habia existido, ni podia existir, nos dijisteis las condiciones que la santidad requiere, las cuales no pueden verificarse en una persona recien nacida. Vuestro raciocinio habria sido concluyente, segun vuestra doctrina, pero no segun la nuestra, ni segun los hechos observados. A fin de manifestaros cuán distante estáis de la verdad, os voi a presentar algunos hechos que vos no nos podreis explicar con una sola existencia. Hélos aquí señor, tomados de la erudita obra de Görres.

Hablando de Santa Catalina de Siena este autor, se expresa del modo siguiente: Nacida en 1337, fué dotada desde su mas tierna infancia de tal encanto en sus palabras i sus acciones que su madre apénas podia guardarla consigo en su casa, porque todo el mundo queria verla. Como hubiese aprendido a la edad de *cinco años* la salutacion anjélica, no se cansaba de recitarla, i así, cuando subia o bajaba las escalas, tenia costumbre de recitarlas en cada tranco. A la edad de *seis años*, fué con su hermano, mayor que ella, a llevar un recado a casa de su hermana casada; i, al regresar vió en el aire, sobre la iglesia de los Dominicos, un trono magnífico, sobre el cual estaba sentado el Señor con los vestidos de gran sacerdote, teniendo a su alrededor a tres de sus discípulos. Ella vió que la miraba con ternura, i que la bendecia, lo que la hizo sumerjirse en tal arroabamiento que olvidó su camino. Su hermano que había tomado la delantera, volvió sobre sus pasos, la llamó dos o tres veces, i se vió obligado a sacudirla para hacerla volver en sí. El rayo de la gracia la había herido, i su corazon principió a arder en llamas del divino amor. etc. (cap. III páj. 170 i 171.)

Dos siglos i medio mas tarde, mas allá de los mares, en otra parte del mundo, dice el autor citado, Dios suscitó otra imitacion de Santa Catalina: fué Santa Rosa de Lima. Nacida en 1586 en Lima, i llamada desde luego Isabel, recibió en seguida el nombre de Rosa, porque su madre había visto una rosa sobre ella, miéntras dormia en la cuna. Desde su *primera infancia* manifiestó las mismas disposiciones que Catalina. Era dulce, amable; jamas se la oyó gritar. Lloró una sola vez, porque se quiso llevarla a otra casa. I a la *edad de tres años*, manifestó ese valor contra el dolor de que dió pruebas en el resto de su vida. Un

dia, efectivamente, habiéndose apretado el dedo pulgar con la tapa de una caja cerrada, ella supo ocultar el dolor que sufrió, a su madre que corrió para ver lo que había sucedido; i cuando mas tarde, a consecuencia de tal accidente, fué preciso arrancarle la uña, no profirió ni una sola queja. A la edad de cuatro años, tuvo una enfermedad de la oreja que su madre empeoró queriendo curarla. Allí se formaron úlceras, habiendo permanecido cuarenta i dos dias en manos del cirujano sin quejarse, a pesar de los violentos dolores que sufria dia i noche etc. (cap. III páj. 172 i 173.)

¡A qué fin multiplicar las citas de esta especie que abundan maravillosamente en las vidas de los santos! ¿Podrá negarnos el padre Leon la santidad de un Luis de Gonzaga desde la mas tierna infancia? No, por cierto! Luego los hechos están manifestando que ha habido santos desde la cuna.

Pero habeis dicho, señor: «la santidad es un gran triunfo de la voluntad del hombre, auxiliado por la divina gracia, contra las tentaciones del mundo. ¿I cómo puede obtenerse ese grandioso triunfo desde la cuna?» Ya lo veis, señor, vuestra objecion tiene una fácil solucion, segun nuestra doctrina ¿cómo?: habiendo existido ántes; habiendo llevado una vida ejemplar en las anteriores encarnaciones etc... ¿Quereis mas ejemplos de vidas que no se comprenden, ni se explican suponiendo que el alma principia su existencia con el cuerpo? pues bien, señor, la historia os señala como luminosos faros a Osanna de Andreasi, Juana Rodriguez, la beata Oringa, Dominga de Paradis, Cristina de Stumbelen, etc., etc.

Ahora los ejemplos de precoces intelijencias abundan tanto o mas que los de santidad. Si no os habeis olvidado del maravilloso portento de Blas Pascal, descubriendo las secciones cónicas a la edad de doce años, os podemos citar a Pic de la Mirándola, Canova i mil otros esclarecidos injenios que desde los primeros pasos de su existencia se han manifestado dotados de grandes prendas intelectuales. Pero la historia, señor, la mas vulgar de las historias, os dirá que Alejandro Magno, Alcibiades, Aníbal, Scipion, manifestaron su carácter belicoso i guerrero desde la niñez. Ya lo veis, señor, apénas hemos dado vuelta la primera página en esta importantísima discusion, i ya los siglos se levantan en nuestro apoyo i los ejemplos se multiplican indefinidamente!!..... Vos mismo habeis confesado que la santidad desde la cuna no se comprende; explicad ahora el talento i el jénio

desarrollados tambien desde la cuna, por medio de una sola existencia.

Pero, no párá en esto la evidencia de la doctrina que con tan espiritual desenfado combatís, señor; no son solo ejemplos i fenómenos históricos lo único que consultarse puede en esta cuestión, que los hechos abundan a nuestra vista i hieren nuestros sentidos, por poco que en ellos nos fijemos. Descended, señor, al fondo de vuestra conciencia; evocad los recuerdos de vuestra mas tierna infancia, i despues, decidnos con la mano puesta sobre el corazon si vuestras tendencias i facultades han sido las mismas que las de un hotentote o patagon en la infancia. ¡Pero, no veis, señor, el carácter sanguinario, estúpido i cruel que manifiesta el hijo de un salvaje? ¡Qué diferencia entre esas repugnantes criaturas i una Rosa de Lima en la cuna!.....

Ya que tanto terror os causa, reverendo padre, aplicar vuestra razon a la investigación de las leyes morales, escuchad la palabra revelada; no somos nosotros quienes hablamos, es la palabra de vida i de eterna luz; escuchad, señor: «Antes que te formaras en el vientre, te conocí; i ántes que salieras de la matriz, te santifiqué, i te puse por profeta entre las naciones.» (Jeremías, cap. I, vers. 5.)

Despues de esta cita, os preguntamos, ¿a qué vienen a quedar reducidas vuestras teorías de la santidad i la creación de las almas que, segun vos, no puede tener lugar sino cuando el cuerpo está ya formado i en condiciones para contenerla?

Por fin, no quiero fatigar mas vuestra atención continuando en esta discusion, pues creo haberos demostrado que la historia de los grandes hombres i de los grandes santos sería inexplicable sin la reencarnacion o preexistencia de las almas. Paso ahora a demostraros con la Biblia que tambien era esta la doctrina de nuestro Maestro Jesus.

XIII.

«¿Creis, por ventura, que muerto un hombre tornará a vivir? Todos los dias de mi presente vida estoy esperando hasta que llegue mi mudanza. (Job. 14 v. 14.)

La palabra *tornará* significa indudablemente, que volverá otra vez a la vida de encarnado.

«Volverán i se sentarán bajo de su sombra; serán vivificados

como trigo i florecerán como la vid.» (Oseas 14 v. 7 a 10.) Válera.

Parece que esto no necesita comentarios.

«Por lo cual os decimos sobre la palabra del Señor, que nosotros que viviremos i que *permaneceremos en la tierra hasta la venida del Señor*, no cojeremos la delantera a los que ya murieron.» (Pablo a los tesalonicenses: epist. 1.^a v. 15.)

¿Cómo puede Pablo i los que vivian en su tiempo permanecer en la tierra hasta la venida del Señor? Unicamente volviendo a reencarnar.

«Porque todos los profetas hasta Juan profetizaron: i si queréis entenderlo, él es (Juan) aquel Elías que ha de venir, El que tiene oreja para oír, oiga.» (Mateo 11 v. 13 a 15.) Amat.

«I sus discípulos le preguntaron: ¿pues por qué dicen los Escribas que Elías ha de venir primero? I él les respondió: Elías es verdad que ha de venir i restablecerá todas las cosas. Pero os digo que ya vino Elías i no le conocieron, ántes hicieron con él cuanto quisieron: así tambien ellos harán padecer al hijo del hombre. Entónces entendieron los discípulos que de Juan Bautista les había hablado.» (Mateo 18 v. 10 a 13. Marcos 9. v. 2 a 13.) Ostervald.

¡Qué sencillo es de entender todo esto! Elías estuvo bajo este nombre en la tierra; algunos siglos despues reencarnó bajo el nombre de Juan; i volverá por tercera vez no sabemos bajo qué nombre. La misión de su primera venida fué de profeta; la de la segunda fué tambien de profeta precursor del Cristo, i la tercera será a restablecer la enseñanza de la doctrina de ese elevado espíritu,— de Jesus,—que los hombres habrán adulterado.

«Mas despues que los habré estirpado, me aplacaré i tendré misericordia de ellos i los restableceré a cada uno en su heredad, a cada uno en su tierra.» (Jeremías c. XII, v. 15.—Amat.)

«Vino la mano del Eterno sobre mí, i el Eterno me hizo salir en espíritu i me dejó en medio de un campo que estaba lleno de huesos.» (Ostervald.)

«I profeticé como me lo había mandado el Señor: i miéntras yo profetizaba, oyóse un ruido, i una conmoción grande; i unieronse huesos a huesos cada uno por su propia coyuntura. I miré i observé que iban saliendo sobre ellos nervios i carne i que por encima se cubrian de piel; mas no tenian espíritu. I dijome el Señor: Profetiza al espíritu, profetiza, oh hijo del hombre, i di-

rás al espíritu: esto dice el Señor Dios: Ven tú, oh espíritu, de las cuatro partes del mundo, i sopla sobre estos muertos, i *resu-
citen*. Profeticé como me lo había mandado, i entró el espíritu en los muertos i *resucitaron*; i se puso de pié una muchedumbre grandísima de hombres.

«I dijome el Señor: todos esos huesos representan la casa de Israel; ellos dicen: secáronse nuestros huesos i pereció nuestra esperanza, i nosotros somos ya ramas cortadas. Por tanto, profetiza tú i les dirás: esto dice el Señor, Dios: Mirad, yo *abriré vuestras sepulturas*, oh pueblo mio, i os *conduciré a la tierra de Israel*. I conocereis que yo soi el Señor, cuando habré abierto vuestras sepulturas i os habré sacado de ellas, i habré infundi-do en vosotros mi espíritu, i *tendreis vida i os dé que reposéis en vuestra tierra*; i conocereis que yo el Señor hablé, i lo puse por obra, dice el Señor Dios.» (Ezequiel, cap. XXXVII, vs. 1 i 7 a 14.—Amat.)

Este pasaje no deja lugar a duda. Los judíos en el desierto esperaban, segun la promesa del Señor, entrar i poseer el pais que les había señalado, i como es sabido que solo Caleb i Josué entraron a ese pais, el profeta hace hablar a los israelistas ya muertos. Supone las quejas que elevan al cielo por la falta de cumplimiento a esta promesa, i por eso dice: «Secáronse nuestros huesos, pereció nuestra esperanza i nosotros somos ya ramas cortadas.» El Señor los consuela diciéndoles: «Mi palabra no puede faltar; yo abriré vuestras sepulturas, os sacaré fuera de ellas; en una palabra, tendreis nueva vida i reposareis en la tierra que os prometí, i restableceré a cada cual en su heredad, a cada uno en su tierra.» ¿Es esto o no la reencarnacion del espíritu en cuerpos nuevos?

Los intérpretes de la Biblia, explicando este sencillo pasaje, lo hacen de una manera tan ofensiva al buen sentido, que no nos tomaremos el trabajo de rebatirlos.

Aunque podríamos seguir presentando muchos otros pasajes, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, en apoyo de nuestra doctrina, creemos que los citados serán bastantes para convencer a los mas obsecados.

Hemos, pues, probado la doctrina de la reencarnacion del espíritu por la razon, por la historia i por los libros revelados, i hemos desvanecido tambien por completo i sin gran trabajo, todas las débiles objeciones que se nos han hecho.

XIV.

En resumen, señor, hemos tratado de desvanecer todas aquellas objeciones que nos hicisteis en vuestro último discurso, demostrando al mismo tiempo la falsedad de los principios en que apoyásteis vuestras deducciones. Tócanos ahora manifestaros que habeis dejado sin contestacion alguna todas las dificultades que os habia propuesto para que las resolvierais.

Así, señor, despues de no habernos dado razón ninguna para probarnos que Dios crea las almas al mismo tiempo que los cuerpos que deben animar, nada nos habeis dicho para armonizar las palabras de Jesus:—Mas le valia a fe no haber nacido,—con el principio cierto i evidente de que mas vale existir que no existir, como hemos tenido ocasión de manifestároslo en las anteriores conferencias. ¡O será que teméis tratar con nosotros sobre el fantasma de las penas eternas!

Despues de haber aceptado el progreso indefinido del espíritu, ni aun os habeis dignado explicarnos, cómo ese progreso puede tener lugar en una sola encarnacion del alma en el organismo.

Nada nos habeis dicho acerca del precoz desarollo de la intelligenzia de algunos seres privilejiados.

Por ultimo, señor, inútilmente os hemos pedido que justifiquies a Dios de la desigual reparticion que de sus dones hace a las criaturas; porque eso de atribuir a la envidia la consecuencia lójica que se desprende de vuestra doctrina, no es argumentar ni responder a ninguna objecion. ¿Porqué, señor, atribuis a una pasion tan baja i mezquina nuestro deseo de justificar a la providencia de los cargos que se derivan de vuestra doctrina i no de la nuestra? Tened presente, señor, que solo la impotencia recurre al insulto para abatir a su contrario.

FRANCISCO BASTERICA.

Estando ya en prensa nuestro trabajo, hemos leido el discurso del padre Leon inserto en *El Estandarte Católico* del miércoles 19 del corriente, i hemos tenido la satisfaccion de ver que los puntos que dejamos contestados son los mismos que él habia tratado en las conferencias con pequeñas variaciones. Ojalá que nuestros lectores se instruyeran de las razones por él alegadas.

1 fm. 11 f. 2 fm. A.



